

El Ruedo



JAAVEIRA

1⁵⁰
Pts



Mojino a la salida de un par al cuarteo
(Dibujo de Perea)

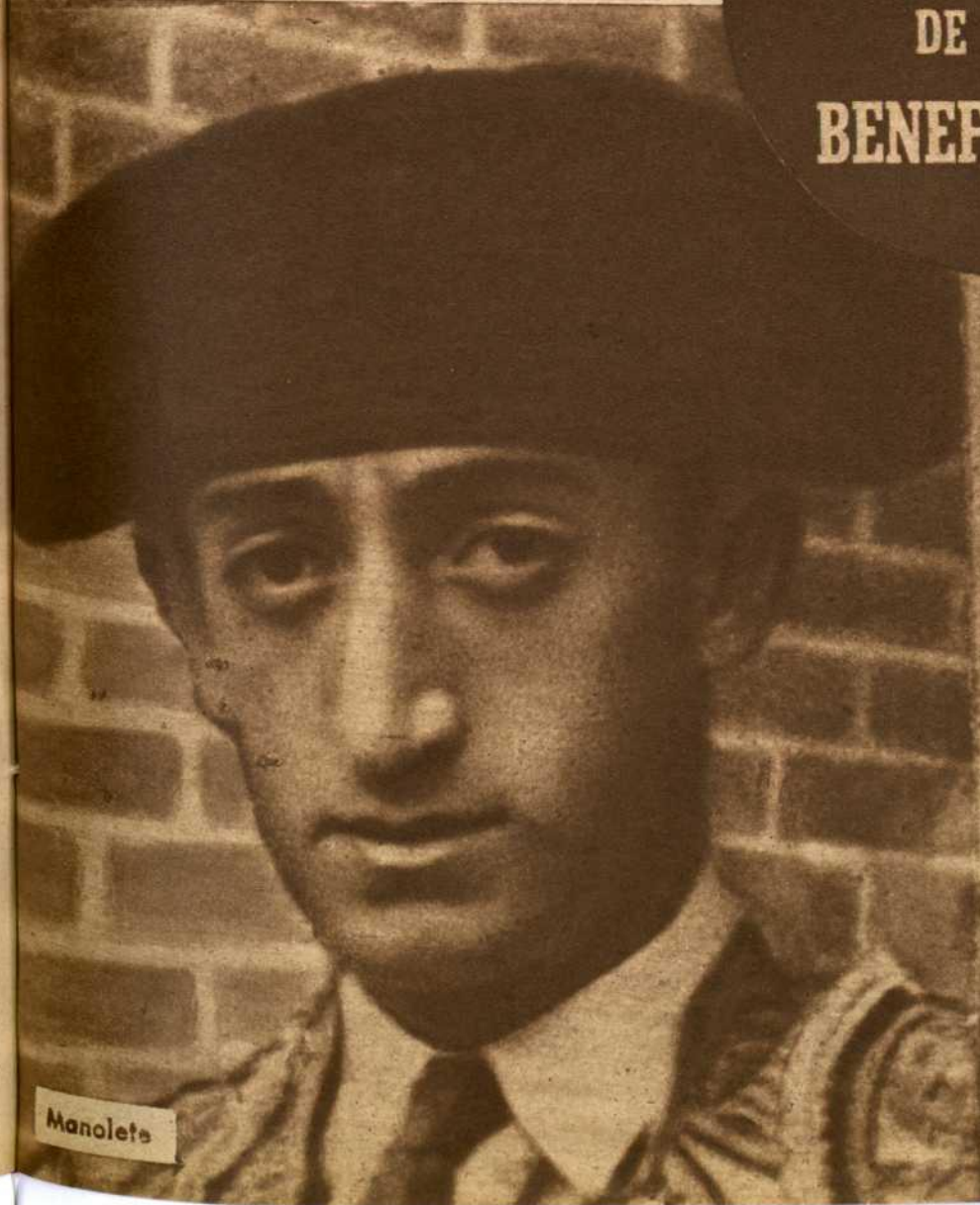


Armillito

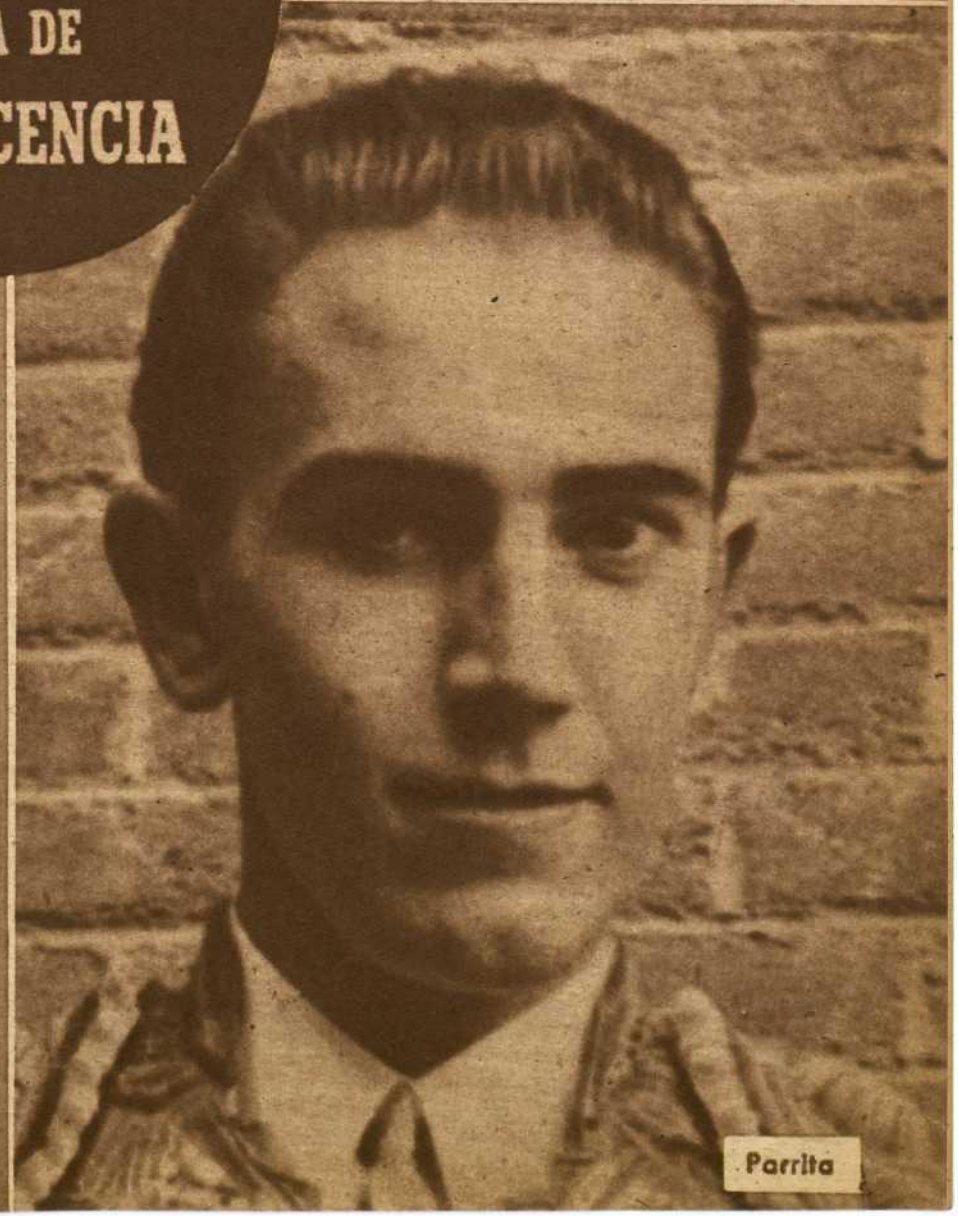


Ortega

**HOY
EL CARTEL
DE LA DE
BENEFICENCIA**



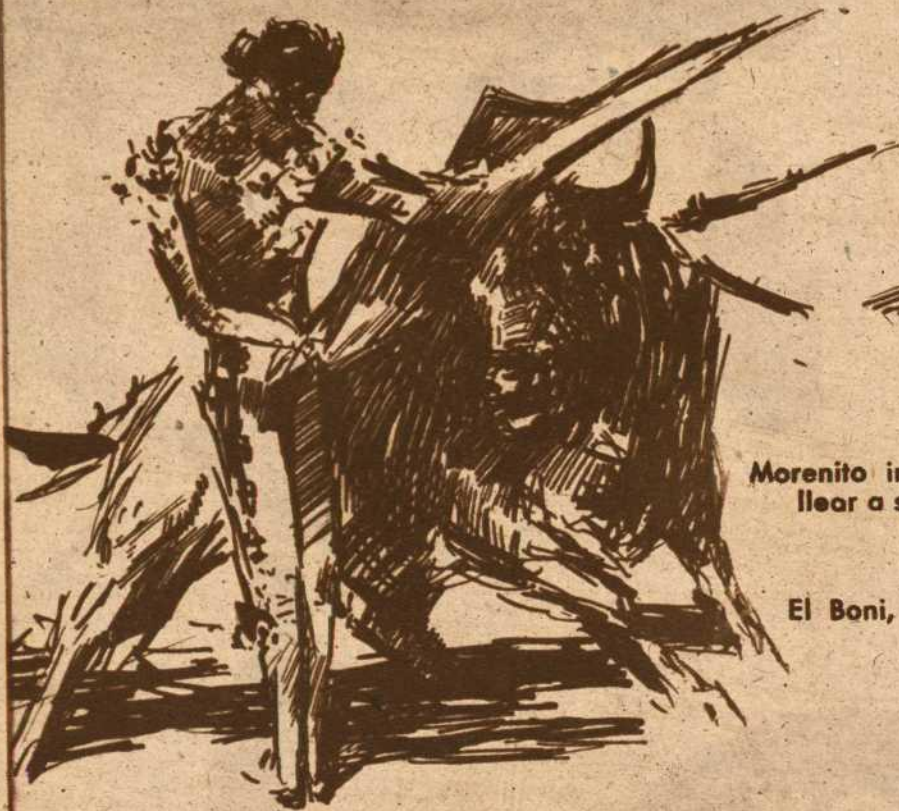
Manoleta



Parrita

EL LAPIZ EN LOS TOROS

DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID
Por ANTONIO CASERO

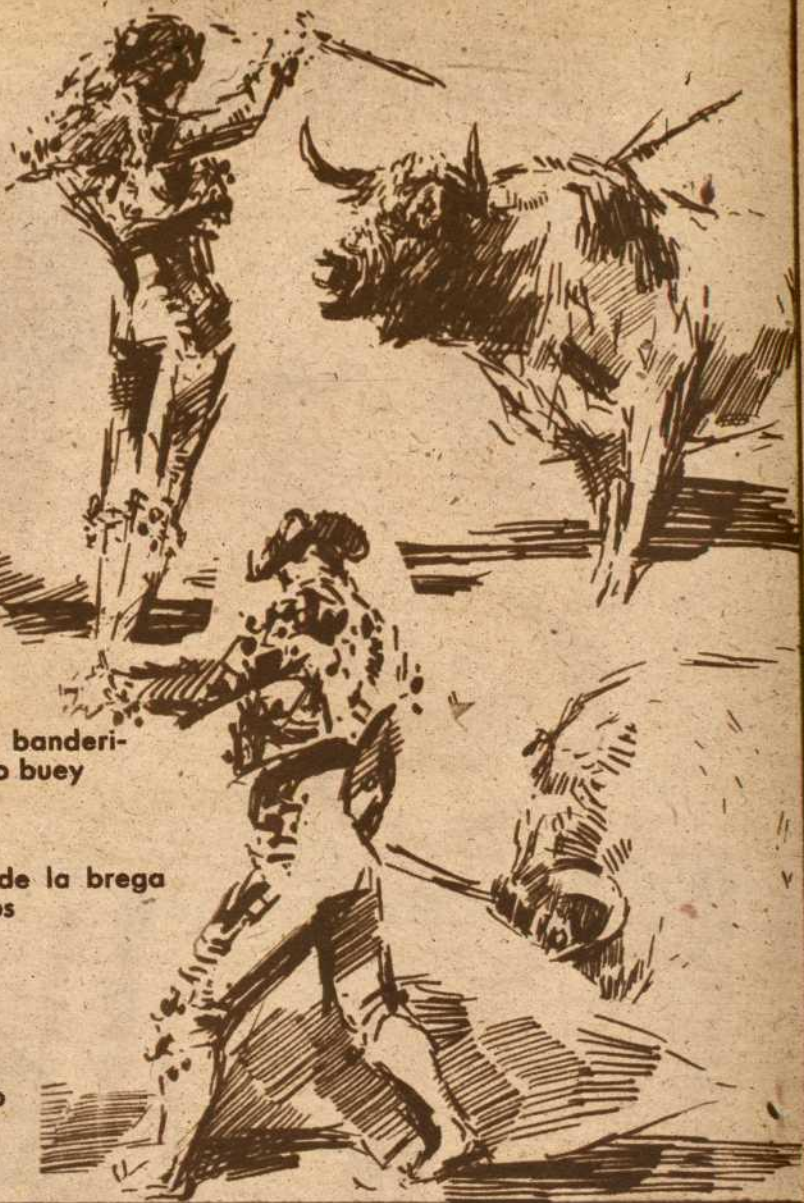


Morenito intentando banderillar a su segundo buey

El Boni, maestro de la brega de toros

Una manoletina del gitano Albaicín

ANTONIO CASERO #



LOS TIROLESES, S. A.

DE PODER
A PODER
con el poder de...



...COÑAC

Abolengo

Dieciséismo Romate

ROMATE

LA CASA DE FAMA MUNDIAL DESDE EL SIGLO XVIII



GRAN LICOR CALISAY



DESPUÉS DE UNA GRAN FAENA
EN LA QUE DERROCHÓ ARTE Y VALOR,
BRINDA A LA CONCURRENCIA
CON EL FAMOSO LICOR

CALISAY



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



HA bastado una semana sin Manolete en los ruedos para que los aficionados esperen con impaciencia su vuelta. Los que están decididos a verlo y tienen en sus bolsillos las correspondientes entradas para la grandiosa corrida organizada por la Diputación madrileña, como los millares de aficionados que se contentarán con leer críticas y reseñas, esperan confiados su triunfo, uno de esos triunfos suyos que tanto le cuesta obtener en lucha, no ya con los toros —cosa fácil para el cordobés—, sino con un público resueltamente hostil para él cuando para todos los demás, en general, es fácil, blando y generoso hasta la prodigalidad. Manolete trae

a esta corrida a beneficio del Hospital, sobre un lastre de rencores que sólo la envidia de ciertas almas pobres pudo encender y avivar, un fardo de culpas no cometidas, pero que se le ha cargado para que un coro de papanatas le manifieste su hostilidad desde el mismo momento en que pise la arena de la Plaza de las Ventas.

Se le achaca a Manolete la culpa, entre otras menos graves, de que los precios de la corrida a beneficio del Hospital sean como nunca elevados; pero los propios organizadores salen al paso de la insidia y proclaman que los precios son así porque el cartel es costoso por todos y cada uno de los elementos que lo integran; pero lo es aún más, mucho más, por los fines benéficos que se persiguen.

No se ha engañado a nadie; se ha dicho y escrito todo con la suficiente claridad, para que cuantos han adquirido entrada sepan que el dinero de más que han pagado sobre el precio de otras corridas, sin fin benéfico alguno y con carteles de bastante menor calidad y cantidad, no es para enriquecer a ningún diestro particularmente, sino para la grandiosa y espléndida obra que es el Hospital de la Excelentísima Diputación de Madrid.

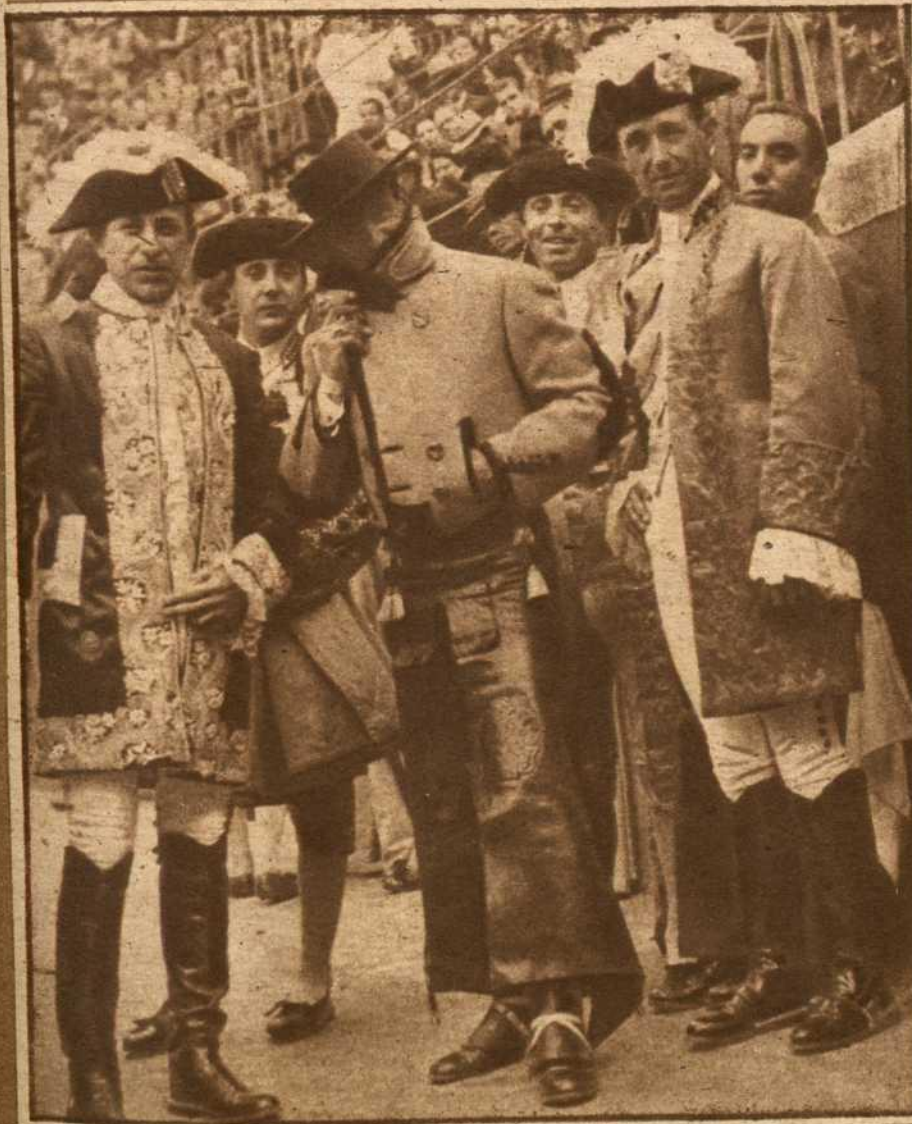
Manolete, como Ortega, Armillita y el diestro que sustituya a Silverio Pérez —no anunciado a la hora en que escribo— son toreros caros, necesariamente caros, porque el público se avino de grado a pagar a los precios que se le ofrecieron las corridas en que ellos toreaban.

Viene todo esto como previa meditación a la apasionada tarde taurina que se nos presenta. Será, sin duda casi, un espectáculo memorable que no creo pueda torcerse por muchos aguafiestas que vayan a la corrida, a los que hay que gritarles claramente que en ningún instante deberán hacer responsable a diestro alguno del precio que han pagado por su localidad.

Juzgarlos por el resultado de su labor está bien, perfectamente bien. Con ello se usa de un perfecto derecho; pero dejarse arrastrar por encendidos rencores contra modos de ser en la vida privada, es una evidente injusticia. Ni ante un maravilloso cuadro o ante una genial creación literaria o musical, o ante una prodigiosa creación científica, se le ocurre a nadie —para enjuiciarla— pensar en las cualidades humanas del autor.

Dentro de unas horas comenzará el espectáculo taurino organizado por la Diputación y quisiéramos que todo fuera digno de los altos fines perseguidos, de las figuras que integran el cartel logrado y del público que con generosa largueza agotó las localidades en unas horas.

Año II — Madrid, 30 de mayo de 1945 — Núm. 51



Los tres rejoneadores que actuaron brillantemente en Lisboa, antes de hacer el paseo. El español Alvaro Domecq con los portugueses Simão da Veiga y João Nuncio, con los trajes clásicos, en cuya corrida obtuvieron un gran éxito

La corrida del domingo en MADRID



SEIS TOROS DE JULIO GARRIDO, PARA MORENITO DE TALAVERA Y ALBAICIN

LA SEMANA EN LAS VENTAS

MANSOS Y MAS MANSOS

• Dos corridas de toros en siete días no son muchos festejos, y, sin embargo, a los aficionados madrileños la semana pasada se les antojó una condena. Condena para sus bolsillos y para sus entusiasmos por la fiesta. Vamos a decir que no nos duelen prendas, que Arruza triunfó en la corrida del jueves, contra el viento y contra la mansadumbre de los toros. Venía a eso: a triunfar. Y la verdad es que el mejicano no reparó en medios. Y por eso, porque no regateó esfuerzo para conseguir el éxito que perseguía, triunfó y cortó una oreja en una tarde en la que todo, menos el público, que había puesto en él su confianza, parecía estar en contra suya. Dicen que si no debió hacer esto o lo otro en el quinto toro. Hizo todo lo que pudo, y esto, en tiempos como los que corremos, ha de tenerse en cuenta.

El Choni pudo haber cortado una oreja el jueves si la suerte le hubiera acompañado al nerir al sexto. Anduvo flojo con el pincho en ese toro, pero con el capote y la muleta demostró una vez más que se encuentra en condiciones de competir con las primeras figuras.

Pepe Bienvenida sigue igual. Pareció en la corrida del jueves que iba a recuperar el terreno perdido. Si los hubo, todo quedó en buenos propósitos.

El domingo nos obsequió la Empresa con una solemne bueyada. Los bichos llegaron de los prados de Viches (Jaén), bien criados y muy mal encastados. Lucían en los morrillos la divisa de la ganadería de Julio Garrido. Seis bueyes, de los cuales, cinco parecían de labranza y uno, aunque mansote, toro de lidia. Carne abundante y nada más. Parecía como si los seis animauchos hubieran sido elegidos por alguien interesado en desvirtuar la labor que los escritores de temas taurinos han hecho en favor de los toros con "trapío" y peso. Parecía que ese desconocido, partidario del toro chico, había traído esa corrida a Madrid para decirnos, después de arrastrado el sexto toro: "¿No querían ustedes toros grandes? Ahí los tienen, y ya ven el resultado. Se han aburrido ustedes a conciencia. Es mejor, mucho mejor, ver lidiar toros terciados que ver corretear por el ruedo mansos a los que nada de lucimiento se puede hacer." Y es cierto que nos aburriríamos; pero también lo es que no hay posibilidad de encontrar toros más mansos que los enviados por el señor Garrido. A pesar de todo, los aficionados siguen prefiriendo toros con la edad y el peso reglamentario. El público que sólo va a la Plaza a divertirse, ya es de otro parecer.

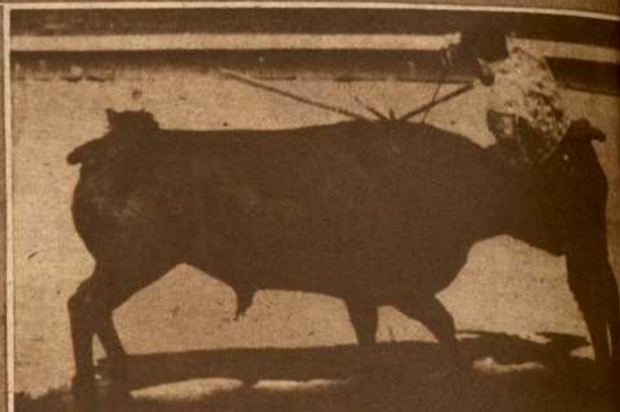
Con los mansos que se corrieron el domingo en las Ventas poco podían hacer, y poco hicieron, Morenito de Talavera y Albaicín. Si algo bueno vimos, a Albaicín y Morenito se lo debemos. Suponemos que algún día se agotarán las reservas de toros sin casta y sin bravura que quedan por esos prados. Aquel día es muy posible que la Empresa de Madrid se decida a traer toros de verdad. Y verá cómo los matadores de primera fila no ponen reparos para torear en nuestro ruedo.



Albaicín rematando con media verónica uno de los quites



El gitano se adorna en la faena de muleta



Morenito de Talavera entrando a matar a su segundo



Dos momentos de la intervención de Morenito de Talavera en el tercio de banderillas. (Fots. Baldomero)

DESPUES DE LA CORRIDA

La sobrealimentación del ganado puede influir en perjuicio de su casta, dice Morenito de Talavera.

Albaicín no quiere volver a torear en Madrid como no sea con toros de buenas vacadas



Morenito de Talavera, antes de empezar la corrida, examina el capote de paseo

La desdichada corrida del último domingo de mayo —una más de la serie tediosa y abrumadora de esta temporada venimos padeciendo— tengo serios temores de que habrá dejado huella indeleble en cuantos tuvieron la benedictina paciencia de soportarla.

Y por venir la corridita del señor Garrido a llover sobre la tierra mojada por el continuo desfile de marradas, temo que a cada uno de los espectadores los dejaría, como a un servidor de ustedes, presa de sorda irritación y un si no es atontado e inquieto. ¿De qué manera bendecimos desde el fondo de nuestras almas a cuantos parientes y amigos les cupo la dicha de no aparecer por la Plaza!

No es mi cometido —reservado a plumas más caracterizadas y hábiles que la mía— profundizar si los seis bueyes de esta tarde tenían o no una lidia más lucida y brillante que la realizada por los dos espadas encargados de pasaportarlos.

Lo que sí quiero hacer constar aquí es que ya va pareciendo hora de que la constancia de los sufridos aficionados madrileños tenga su merecido premio.

Triste es tener la desgracia de sufrir tres horas largas de amodorramiento; pero mucho más lamentable es todavía tener que ocuparse luego del tema motivo de nuestra desdicha. Y hacer hablar a los toreros de algo que quisieran tener relegado al olvido.

Por una vez más, amigos lectores, tendrán ustedes que soportar los lugares comunes y las respaldadas contestaciones propias para comentar corridas de reses manzanas como las de la última de la serie.

MORENITO DE TALAVERA

De los tres toros que maté, los dos primeros tenían casta, pero de ínfima calidad. Pegaban fuertes y desiguales arrancadas, impidiendo todo lucimiento. Singularmente el tercero de la corrida —el de mayores dificultades—, tenía el sentido de un marrajo listo y avisado. Daba las embestidas impulsado por un ciego deseo de coger. Creo que mi mérito fué el de no titu-

bear en la lidia que le di, pues, de no haber sido así, hubiera acabado por enviarme a la enfermería.

—¿Y el quinto?

—El quinto resultó soso, sin fijeza, y acaso estuviera reparado de la vista.

—¿Por qué no lo toreó al natural?

—No lo toreé al natural porque echaba la cara arriba, no humillaba, por más que hice para conseguirlo.

—¿Esperaba que los toros fueran buenos?

—Exacto; los toros de don Julio Garrido me hicieron concebir esperanzas de que darían otro rendimiento muy distinto. Son una parte de la famosa ganadería de Coquilla —cuyo hierro aun conserva—, y todo hacía suponer sacaran a relucir la sangre brava que tanto crédito dió a aquella divisa.

—Pero los toros estaban bien presentados.

—Estimo que es un grave error tener al ganado sometido a una sobrealimentación, en verdad, contraproducente, como en el caso actual. Acaso estos toros menos cebados hubieran podido dar otro resultado.

ALBAICIN

R AFAEL, con cara de pocos amigos y lacónico estilo, enjuició brevemente su cometido:

—Por respeto al público de Madrid, no pienso torear ante él como no sea con ganado de ciertas garantías. En casos como el de esta tarde, gana uno más en prestigio quedándose sin vestir el traje de luces.

—¿No hubo algún toro mejor que otro?

—¿Para qué ocuparnos de los toros por separado, si los tres anduvieron con idénticos defectos? Los tres embestían mal, parecían no andar muy bien de la vista, se quedaban en las arrancadas o se revolvían inciertos, y siempre con la cara por las nubes.

—Entonces, ¿está disgustado de su actuación?

—Tengo la desgracia de que cuantos toros he toreado en Madrid, todos son de mi contraestilo, a los que no puedo torear con el temple y lentitud que, según mis amigos, son las notas predominantes de mi estilo de torear. Hoy me vestí de torero por sacar a la Empresa de un atolladero; pero todos hubiéramos salido ganando con la suspensión de la corrida.

F. MENDO



Albaicín, en espera de hacer el paseillo, el domingo, en la corrida mano a mano con Morenito

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



La alegre tarde de mayo es la mejor espectadora del «mano a mano». Tiene la Plaza luminoso color de cartel.

Consignemos la aparición de unos nuevos sombreros plegables de papel, que son como la caricatura de ciertos birretes.

A veces se nos pasa el momento en que los toreros cambian los capotes de paseo por los de faena. Y es que lo hacen muy de prisa, con ayilidad de escamoteadores.

Muge el primer toro como si soplara en uno de sus cuernos.

El Albaicín tiene languideces tropicales. Parece un convaleciente del mal de bronce o de la fiebre amarilla. Lleva siempre trajes de un color en la seda, como no hay otros. Tiene sello, timbre y estilo; personalidad, gracia y ángel. Yo creo en este torero.

Morenito de Talavera

Morenito de Talavera pisa en la Plaza como en un labrantío. Es un poco sembrador de sus arriesgados y valerosos ejercicios de gran banderillero. Pero, ¡pare usted de contar!

Morenito de Talavera pisa en la Plaza como en un labrantío. Es un poco sembrador de sus arriesgados y valerosos ejercicios de gran banderillero. Pero, ¡pare usted de contar!

¡Qué momento más horrible ése en el que los espectadores gritan cansados ¡vaya capea!, o ¡al pueblo, al pueblo!

El maestro, junto a la barrera, torea al cañor con el capote blanco de la toalla.

El miedo adelgaza a los peones cuando tienen que entrar obligados en el burladero.

El espectador a quien han brindado el toro, sujeta entre sus manos la montera como un gran pájaro negro deseoso de volar a poder de su dueño.

Era un «afamado pirotécnico» el que preparó aquellas terribles banderillas de fuego. ¡Qué petardazos pegaban!

El asta rota del tercer toro temblaba como si fuera de goma. Para que estuvieran igualadas las fuerzas a ese pitón roto, correspondía un brazo en cabestrillo.



Albaicín

LA VILLA Y CORTE

ILUSIONADAS ESPERANZAS

Por JOSE CARLOS DE LUNA



QUIZA porque nos vamos acostumbrando, confesamos que las reses de las corridas y novilladas que vienen lidiándose esta temporada en la Plaza madrileña comienzan a parecernos, si no del todo respetables, discretas en edad y peso. Verdad es que todavía no tuvimos el honor de recrearnos con las grandes figuras de la fiesta, más melindrosas y circunspectas en la elección de «su» ganado.

Mala es la cama que se les prepara, y será milagro que los aficionados, llegada la hora, no pongan el grito en el cielo rebasando con bien sentida indignación los límites de la continencia cuando los toretes vuelvan a ser grillos cebolleros.

Si los ganaderos de reses de lidia renacen a la dignidad, como tales ganaderos se entiende, será preciso, porque es justo, estimarles la decisión animádoles a seguir por el camino que parece enderezarse algo: en sus manos está el panderero y lo demás vendrá paso a paso, taconeando por la misma senda de ansiados resurgimientos. Y véase en lo que dejamos apuntado la buena fe que siempre nos animó cuando criticábamos con dureza el servil acomodo que daba al traste con el espectáculo más nacional.

Al valor, a la afición, a la dignidad del torero y hasta a las apreciaciones de los públicos, les sucede lo que al estómago: que se encoge o dilata según la magnitud de lo que tiene que digerir; y en esto de «los toros» había llegado al máximo encogimiento. Estómago de vegetariano y abstemio, que si en el torero tiene explicación, en el público es ridícula primada, porque pagando su cubierto a peso de oro se contenta con un tomate y pocas gárgaras de caldo de gazpacho. Y no para en esto la engañifa, sino que se le engatusa para que alardee de bien comido, montándole la bazofia como plato de alta cocina: el almidón, la purpurina, y si acaso, el merengue son la enjundia y los adobos de Empresas, apoderados ganaderos y amiguitos incondicionales. Y nosotros, amigos, relamiéndonos de gusto.

No debo señalar, porque no es ese mi cometido; generalizamos en bien de todos, despertando siquiera unos atisbos de atrición. ¡Ya es algo para esponjarse como pavo corralero!

Nobleza obliga a pregonar que ya interesan algo más que las estilizaciones estatuarías ante la nada hecha torete, y que vuelven a escucharse discusiones y vaticinios en derredor de figuras que se encumbran sobre pedestales de gracia personal y garbos de hombría. ¿Qué otras se vienen a tierra? ¡Bah! Eso no tiene importancia ni supone sino una prueba más entre miles de la declinación de los «astros» cuando, enfriados, pierden sus características de soles. Si he dicho una barbaridad cosmográfica, mi intención, un tanto engolada, soslaya el nombre de un bonísimo torero que se nos va por la posta de oronda y bien ganada burguesía. Es ley que preside los altibajos del destino; ¡el gráfico!, como el de la vida o el de una fiebre palúdica.

La Villa y Corte, por arte de los organizadores y promotores de espectáculos taurinos, es un pueblo más en larga feria, y la sensibilidad del público madrileño, ajeno a las orejas, rabos y patas que se acumulan telegráficamente sobre sus entendederas, preparándole el aturdimiento, ve claro y tasca el freno del engaño; y mala cosa es para promotores y organizadores que pierda calidad el mito y qué la afición, casi a comienzos de temporada, vire en redondo, y porque lo ve y lo toca, presienta algo que el día que menos se lo imagine saldrá en hombros por la puerta grande para llegar a la del Sol; principio y fin de tantos y tantos entusiasmos populares.

Yo no digo que la guitarra sea mala, sino que «anda» un poco destemplada, porque es cómodo no meterse en arrequives de tecnicismos si el maestro concertista halló el modo de instrumentar sobre el bordón a secas, aunque maravillosamente, la plúmbea melodía que le dió justa celebridad hipnotizando masas. También tuvo maestros Osuna y Aguadulce en el «toque de tarántula». Hipnotismo que impulsa a calificar de «chalauras» las rebeldías artísticas que se acomoda a una inspiración menos campanuda y más jugosa: ¡falsetas sobre la prima y la segunda, limpias y cantarinas porque no se resuelven en moscardoneo! Un chorro de agua clara y fresca, grato para las fauces que comenzaron a estragarse con tanta miel de caña bebida a morros.

En el número de esta Revista correspondiente al día 23 del actual y en el artículo titulado «Manolete habla alto y rotundo», firmado por C. E. F. figuran unas declaraciones del citado diestro, concebidas en términos que afectan la honorabilidad de los profesionales del periodismo.

Ante tales manifestaciones, la Delegación Nacional de Prensa ha invitado al matador de toros Manolete a que concrete sus denuncias, con objeto de decretar las correspondientes sanciones en el caso de que se compruebe la existencia de culpabilidad.

EFEMERIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ PETIT

M A Y O

30

M I E R C O L E S

COMO un lunar con pelos feos en la cara de una mujer bonita, fué para el gran historial de Lagartijo el Magno la tarde del 30 de mayo de 1891. Aquella tarde, en Aranjuez, fué único matador para seis toros de Veragua, que resultaron tan admirables de lámina como tardos y duros en las embestidas. Tres subalternos terminaron la corrida en la enfermería. Pero no acabó aquí la tragedia. Cansado Lagartijo por tan aciaga actuación, al sexto toro accedió a que bajase del tendido al ruedo —con permiso de la autoridad competente— Bonarillo, novillero de postín. Se conoce que Lagartijo pensó: «¡Anda, y que te griten a ti un poco, que a mí ya me han gritado bastante!». Pero se equivocó. La bronca subió, hasta tomar caracteres épicos, cuando el morlaco de Veragua cogió a Bonarillo de tan brutal manera, que quedó sin vida sobre la misma arena. Lunares se llamaba el asesino.

Para despedirnos de mayo, recordemos que el día 31 del año 1908 tomó la alternativa en Madrid el gran diestro mejicano Rodolfo Gaona. Hubo de ser en la Plaza de Tetuán, porque para torear en la de Madrid tenían antes los diestros que atarse los machos. El toro de la alternativa se llamó Habanero. Tan bien estuvo Gaona, que volvió a torear —e igualmente con gran éxito— el 28 de junio. Y entonces ya sí se le abrieron de par en par las puertas de la Plaza madrileña.

El 1 de junio de 1857 salió de los chiqueros madrileños un Pérez de la Concha que se llamó Barrabás. Hizo honor a su nombre. Para acabar con él, tras de perfilarse en corto y entrar a matar por derecho, Manuel Domínguez fué enganchado por el brazo; después, por la mandíbula, entrando el pitón, por fin, en uno de sus ojos, «vacándole como se vacía un caracol». Desperdicios puso el ojo en su pañuelo y se quedó sin saber qué hacer. Cuando doblaba Barrabás, se decidió a entrar en la enfermería.

Ahora recordaré lo ya escrito. El 2 de junio de 1851 se encontró Chiclanero con dos toros en el ruedo, por haber embestido el de turno contra los toriles y haber saltado el cerrojo. Ya he relatado que José Redondo mató a los dos en poco menos de un minuto. Una vez, en Cádiz, Chiclanero hizo un quite providencial al célebre picador Juan Puerto. Ya Puerto a salvo, en el callejón, José le dijo: «Frasco: Si no allego pronto antes, ves ende Cadi toos los palos e los barcos que hay en la bahía de Argesiras.»

¡A ver! ¿Sé yo algo del 3 de junio? Tal día, el año 1877, murió asesinado en Sevilla el novillero Mariano Colubi; en 1910, también en la tierra de María Santísima, murió el notable picador El Chato, y en 1923 recibieron, el 3 de junio, la alternativa dos espadas: el mejicano José Flores, en la Plaza antigua de Barcelona, y el gaditano José Amuedo, en la de Tarragona. Nadie se acuerda ya de ellos, como tampoco de Platerito, que nació el 4 de junio de 1882. Por cierto, el mismo día en que se celebró la de Beneficencia, también —como este año— con cuatro espadas en el cartel. Los de entonces fueron Lagartijo, Frascuelo, José Machío y Felipe García.

La Diputación de Madrid merece honoríficamente el número uno en el escalafón de grandes aficionados —aquí queda la idea—, tanto por su altruismo y desvelo en la confección de grandes carteles taurinos como por el propio abolengo de sus regidores, a quienes hoy nos place saludar con el mayor respeto.

Y vamos, por último, con el 5 de junio de 1870. En Palencia se celebró —de alguna manera hay que escribirlo— un mano a mano entre Gregorio López Calderón y Agustín Pareda Pérez. Eran los toros, de Benavente, ilidiabiles, y alegada esta causa por los matadores, en poco estuvo que se suspendiera el festejo anunciado. ¡Más hubiera valido! El primer toro «fué estoqueado malamente por Gregorio»; el segundo fué muerto a tiros por la Guardia civil, después de recibir Pareda la cornada que cinco días después le llevó al sepulcro. En el momento de recibirla terminó la corrida, porque Gregorio dijo: «Que toree Rita», frase con la que se entra en la cárcel, pero no en el cementerio.

Aquel toro había matado cinco caballos sin apenas ser tocado por las puyas ni por las banderillas.

Contamos todo esto dirigiéndonos con el mayor respeto a los presidentes de las corridas actuales. ¡Un toro enteró es un bicho de mucho cuidado!

J U N I O .

5

M A R T E S

CONTRA EL DESTINO NO CABE LUCHAR

"Las cornadas han podido más que mi voluntad"

MIGUEL CIRUJEDA se ha retirado de los toros



Miguel Cirujeda, después de su cogida de Linares, en la cama del Sanatorio de Toreros de Madrid

MIGUEL Cirujeda abandona los toros porque el destino de las personas no puede entablar pelea, en momentos como los presentes. Las cornadas, que han sido muchas y graves, han podido con él. Le hacen abandonar profesión tan arriesgada y le impulsan a variar su ruta, la que había soñado y que se lleva a la vida íntima con dolor en sus carnes y amargura en el corazón. Cirujeda era el valor concebido en forma distinta a los que ignoran lo que es el arte. Porque él sabía lo que hacía y podía hacer a éste o aquel toro. Pero siempre caía en la arena, víctima de un momento desafortunado.

Veinte años de luchar con los toros ya dan una técnica y unos conocimientos que no todos poseen. Cirujeda ha peleado mucho para abrirse camino y tuvo su época. Esas tardes triunfales que esperan la mayoría que se visten de luces le sonrieron. Desde Tetuán de las Victorias, la Placita en las afueras de Madrid hoy desaparecida, hasta llegar a los cosos de la vieja y la Monumental, el diestro aragonés ha salido en triunfo por las puertas principales de los ruedos madrileños. En Cirujeda se daba el arte y el valor, todo unido, ligado, engarzando la emoción y la belleza del pase perfecto. Y los públicos acudían, ante el anuncio de su nombre en el cartel, a conciencia de que Cirujeda exponía hasta el máximo, porque su afición superaba al peligro, que se cernía siempre sobre sus intervenciones.

Así una y otra tarde, día tras día y año tras otro. Tetuán de las Victorias era el trampolín para actuar en la Plaza de Madrid. Allí tuvo Cirujeda sus triunfos más apoteósicos, cuando Silverio Pérez, Manolete, Garza y figuras triunfantes de los actuales momentos de España y Méjico alteraban conjuntamente. Esas tardes sonrieron al aragonés. Agotó el papel en siete tardes seguidas, fué paseado en hombros desde el ruedo a la gloria de Cuatro Caminos en tres actuaciones, y cuantos trofeos se otorgan a los diestros que colman y superan las ilusiones que lleva el aficionado, se dieron a Cirujeda. El año 1934, principios novilleriles de Cirujeda por nuestros ruedos madrileños, obtenía sus triunfos, que le abrían las puertas de la Plaza de la carretera de las Ventas.

Hasta 1939 no empezaron en realidad los sufrimientos para el diestro de Zaragoza. Hasta entonces se mantuvo intacto, sin que los toros le castigaran.

Y en estos últimos seis años, cuando esperaba erigirse definitivamente y el sueño de la alternativa podía tener realidad, comienza su odisea, pisando las enfermerías casi todas las tardes en que vestía el traje de luces.

En el lecho del Sanatorio de Toreros de Madrid, Cirujeda cura de su última cornada, recibida en la Plaza de Linares el domingo 20 del actual. Esta herida ha influido definitiva y totalmente para esa anunciada retirada que él mismo nos ha confirmado. El destino de una persona ha podido más que la voluntad y la afición.

Ahora que el peligro ha pasado, y cuando la vida del torero se va a encaminar por otras actividades, Cirujeda habla de su pasado y de las influencias básicas en el abandono de la profesión.

Y hablando del tema, resignado ante su mala suerte, nos expuso el porqué de este alejamiento, que tanto supone para quien siente aún afición y le sobra valor para defenderse. Así piensa Miguel Cirujeda aun después de la retirada, cuando el convencimiento ha llegado oportunamente, ante un percance de fatales consecuencias que podría llegar.

Linares ha tenido para él demasiado motivo para que influyera definitivamente en lo que nunca soñó. Retirada en plenas facultades, porque a los treinta y dos años se ha adquirido firmeza, conocimiento y técnica en el toreo. Es cuando se ha asimilado lo que debe aprenderse en esos años de lucha con el toro. Pero la desgracia se apoderó en tal forma, que el solo hecho de una cornada estúpida, cuando no estaba porfiando con el toro, le hizo recapacitar y abandonar la lucha. Inferioridad en este caso, no por carencia de valor y saber, sino como colofón a muchas desgracias continuadas, y que puso en peligro su vida en muchos momentos.

Desde el año pasado se multiplicaron los percances. Era cuando Cirujeda había de tomar la alternativa, que en muchos aficionados impacientes y desconocedores de las influencias para ese retraso creían ya apagado el fuego de una afición. Esta era la realidad, y así vió el novillero aragonés esfumarse la oportunidad que le brindaba su éxito.

Aquella tarde, caso poco conocido, Cirujeda recibió en la enfermería de la Monumental de Madrid el premio a una faena inmensa. La oreja con que se premió su labor le fué llevada hasta la caña de operaciones, en donde era asistido de una cornada. Luego, más tarde, la fractura de la clavícula malogró aquella toma de alternativa. El paso al escalafón de matadores de toros desapareció en aquellos días del mes de agosto.

Hoy Cirujeda mira las cosas con la realidad. Y esa cornada recibida en Linares, cuando junto al burladero discutía con su mozo de estoques sobre el cambio de espada, lo aleja para siempre. Fué inexplicable la arrancada del toro y se consumió una vez más la fatalidad. El mozo de espadas, sordo, no entendía lo que le pedía el matador, y éste, pendiente de comenzar la faena de muleta, fué sorprendido con la cogida cuando estaba con el cuerpo dentro del burladero.

Así fué la última cogida. Como otras muchas tardes, fuera de ese momento en que se espera que el toro se lleve prendido a quien le engaña con la muleta.

Miguel Cirujeda ha recapacitado y deja la profesión. El mismo es de opinión que el torear está cada vez más difícil, por las calidades que traen las nuevas figuras y la influencia de quien ha dado al arte un rumbo distinto.

Tiene la opinión de que hoy, quien no llega consagrado a los veinte años, no tiene nada que hacer en el toreo. Las palabras de Cirujeda son terminantes y de una visión clara.

No ha podido el tesón. El destino ha retirado a quien daba en los ruedos su valor y exponía en cada momento su vida. Miguel Cirujeda ha comprendido las dificultades de la lucha actual y lo deja. Pero su valor y afición no se lo ha llevado ningún toro.

J. C.



Esperando curar del percance, pasa las horas del día entretenido con la lectura de EL RUEDO, que ha recogido el momento de su cogida. (Fots. Mari.)



Tarde de triunfo del diestro aragonés en la Plaza de Tetuán de las Victorias. El pase de muleta, modelo de perfección, corresponde a uno de sus éxitos en el coso madrileño

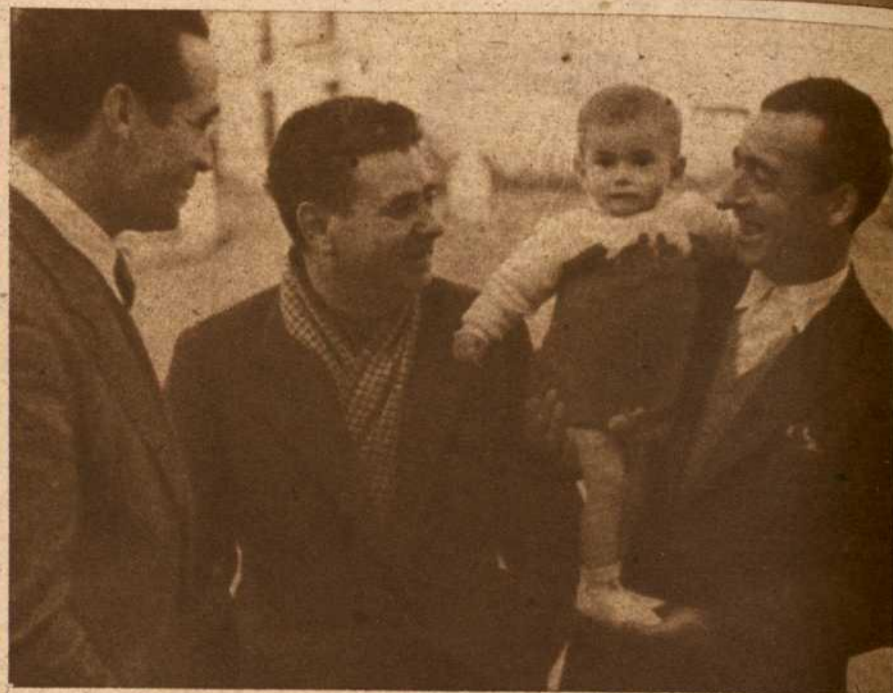
LA DINASTIA de los REVERTE



Antonio Martín, Revertito IV, con la chaquetilla que llevaba Antonio Reverte cuando fué cogido en Bayona

El primer Revertito fué su sobrino Manuel García-Baquero, que tomó la alternativa en 1905, en La Línea

Maestranza. Esto ocurría en 1890. Un año después se presentaba Reverte en Madrid. Arrebatado por el entusiasmo de los públicos, el gran torero alcalaño paseó por toda España y América sus triunfos. Todos los años, en invierno, volvía por su pueblo, para vivir unos meses con los suyos. A los ojos de sus paisanos, Reverte tenía ya categoría de héroe. Era el hombre que de la nada se había labrado una felicidad, llena de cosas gratas; tenía una casa, un coche que andaba sin caballos, mucho dinero... Las mujeres lo admiraban; los muchachos veían en él un ejemplo a seguir. Y así, de la noche a la mañana, todo el pueblo quiso ser torero.



He aquí al último vástago de la familia, que aun no sabemos si será torero

CUANDO, hacia 1890, comenzó a triunfar en los ruedos españoles Antoñito Reverte —cuya fama se canta todavía en coplas y romances—, se abrió para la mocedad de Alcalá del Río un camino ignorado hasta entonces. Para los muchachos de humilde condición —que los de familias pudientes siempre hallaron salidas más agradables— no había en Alcalá más horizonte que el campo. En aquellos contornos, que el Guadalquivir alimenta con prodigalidad en muchas ocasiones, la campiña es fértil y devuelve ciento por uno, apenas el hombre aplique su trabajo y su inteligencia en la faena de cada día. Pero Antoñito Reverte —dieciocho años montados al aire, sobre un valor entero— no quiso ver discurrir sus días pegado a la tierra... Es verdad que él había probado su entereza ante el ganado de media sangre que pastaba en la finca donde trabajaban sus mayores; pero nunca pensó que por ese camino llegaría a ser famoso. Antonio trabajó como carnicero en un mercadillo que todos los días se ponía y quitaba en una calle céntrica. Sus familiares conservan todavía una foto en la que aparece Reverte con el cuchillo y la chaira ante un grupo de vecinos... Un día —más de una vez se ha referido la anécdota— se inauguraba en Alcalá una placita. Allí fué donde Reverte toreó y mató por vez primera un novillote. Después... el éxito le llevó a otros pueblecitos cercanos: Burguillos, la Algaba... y, al fin, el ruedo ilustre de la

REVERTITO

Uno de los primeros discípulos de Reverte fué su sobrino, Manuel García-Baquero Reverte, hijo de la hermana de aquél, Aurora. Tenía algo más de doce años cuando, deseoso de imitar a su tío, se presentó como becerrista. Poco tiempo después formó pareja con Rafael Gómez, Gallito, atrayendo esta juvenil cuadrilla las esperanzas de la afición. En 1900 Revertito figura como banderillero a las órdenes de su tío, y es él, precisamente, quien, en unión de Moyano, le lleva a la enfermería la tarde de la cogida de Bayona. En 1905, decidió Revertito tomar la alternativa. Y en efecto, se doctora en la Plaza de La Línea, el 2 de julio, con toros de Halcón. Bonarillo actuó aquella tarde de padrino. El 22 de octubre de ese mismo año confirmó Revertito su doctorado en Madrid, con toros de Pérez de la Concha. Fué Ricardo Torres, Bombita, quien le entregó los trastos de matar. Con diversa suerte —aunque era muy fino con la caja y excepcional como banderillero— continuó hasta 1912 en el escalafón de matadores. Fué una vez a Méjico, dos temporadas a Caracas y una a Uruguay, en cuya Plaza de Real de San Carlos toreó seis corridas. Actuó también, con regular fortuna, en Portugal y en varias Plazas del Sur de Francia. Un día, estando en la Plaza de Lisboa, como espectador, fué reconocido por el público, y tan aplaudido, que no tuvo más remedio que bajar al ruedo y poner un par de banderillas. A la salida fué volteado por el toro y resultó con una clavícula rota. A lo largo de su vida sufrió tres cogidas graves; una de ellas en el muslo. Murió a los sesenta y seis años, en 1924. Es interesante que en los



Diego García Baquero, sobrino de Antonio Reverte, ante un cuadro de su tío cuando el célebre cambio, capote al brazo

años en que actuó, después de la muerte de su tío, utilizó siempre el nombre de Revertito, considerando que el de Reverte nadie tenía derecho a usarlo... Esta consideración la tuvieron otros tres familiares del fundador de la dinastía, que también alcanzaron fama diversa en los ruedos de España.

OTROS REVERTITOS

Un hermano de Manolo García-Baquero, Diego, al que pudiéramos llamar Revertito II, se lanzó al riesgo de la profesión en 1921. Comenzó actuando en varias becerradas, pasando después a la categoría de novillero, y como tal se presentó en Valencia, Zaragoza y Córdoba. En 1928 se retiró sin llegar a tomar la alternativa, aunque después de esa fecha formó como banderillero en la cuadrilla de su sobrino Manolo (Revertito III). En 1931 se alejó definitivamente de los ruedos. Vive de sus negocios en Alcalá, y en la actualidad es alcalde del pueblo.

Sobrino del anterior e hijo del primer Revertito, es Manuel García-Baquero y García, que, retirado también de la profesión, vive hoy entregado a sus negocios de carnes, aunque todavía —por afición— toma parte en algunos festivales de Alcalá y de algunos pueblos de los alrededores. Revertito III, añadimos lo de tercero para no confundirnos, aunque nunca usaron el número para distinguirse, comenzó a torear en una placita que su padre tenía en la casita en que vivían. En aquella especie de escuela tarriña, donde muchos jóvenes de Alcalá acudían para probar sus habilidades, cuando aun no había cumplido doce años, toreó por vez primera Revertito III un becerro de Ló-

¡Desde aquella tarde en que se inauguró la Placita de Alcalá del Río!

El último que en los ruedos ha utilizado el nombre de Revertito, ha sido Antonio Martín, sobrino-nieto del fundador de la dinastía

pez Plata. Esto ocurría en 1922. Tres años después, en Constantina, vestía el muchacho por vez primera el traje de luces. Cuantos lo vieron quedaron convencidos de que Revertito III era valiente y apuntaba buen estilo. En Tarazona de la Mancha se presentó como novillero, en corrida con picadores, debutando, el 12 de octubre de 1929, en Sevilla, con ganado de Murube. En Madrid había toreado ya el 19 de marzo de aquel mismo año. Convertido en el novillero predilecto de la temporada, vió su nombre en los carteles de Valencia, Zaragoza, Barcelona, Granada... su-



Antonio Reverte, convalciente de la cogida de Bayona. Sentado en la cama, su sobrino Revertito

mando en total treinta y cinco corridas. El 30 de mayo del año siguiente se decidió a tomar la alternativa en Cáceres, con toros de don Celso Cruz, actuando como padrino Antonio Márquez. Poco después la confirmó en Madrid, de manos de Antonio Posadas, con ganado de Albaserraña. Esa misma temporada marchó a Venezuela, pero regresó en mal estado de salud, y el 16 de mayo de 1931 se cortó la coleta, en Talavera de la Reina.

Durante cinco años que anduvo por los ruedos sufrió varios percances de diversa importancia. En La Línea, en 1928, al entrar a matar, fue cogido, recibiendo una grave cornada en el muslo. En Madrid también quedó malherido en otra ocasión.

El último que en los ruedos ha utilizado el nombre de Revertito ha sido Antonio Martín García-Baquero, sobrino-nieto del fundador de la estirpe, y primo hermano de Revertito III. Casi un niño, con poco más de doce años, actuó como becerrista en un festi-

val celebrado en la Plaza de la Maestranza, en el que tomaron parte también Rafaelito Lafarque y el Vito (hijo del banderillero del mismo nombre, y hoy rehiletero también). El día del Corpus de 1931 vistió por vez primera el traje de luces, alternando con el infornado Rafaelito Bienvenida. Después formó pareja con Curro Caro. En Madrid se presentó el 10 de agosto de 1933, alternando con Láinez y Niño de la Estrella. El ganado de Mariano Bautista, no permitió al joven espada alcalaño lucirse. En 1934 tomó parte en catorce novilladas, pero la suerte no le fue muy favorable, y en 1935 se apartó de los ruedos. La afición, sin embargo, no le abandona, y aunque vive actualmente entregado a la dirección de su campo, como su primo Manolo, no deja de

tomar parte, por simple entretenimiento, en los festivales de Alcalá.

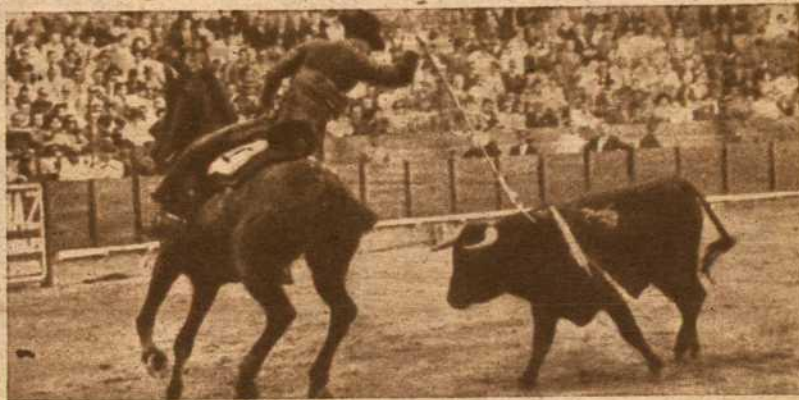
F. N. G.



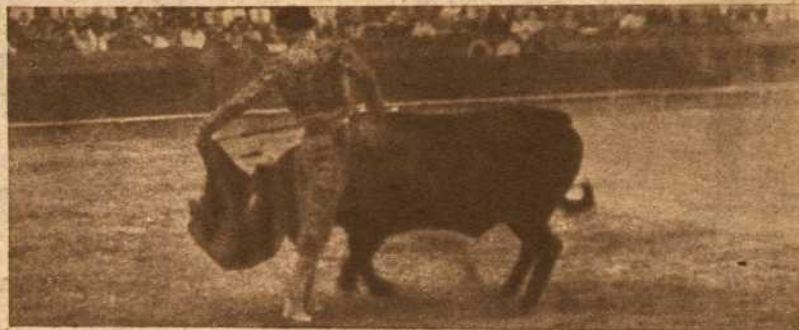
Manuel García Baquero, Revertito III, sobrino del fundador de la dinastía, con una espada que le regalaron a su tío. (Fots. Luis Arenas.)

EL DOMINGO, EN CORDOBA

Novillada de Feria ANDALUZ, NIÑO DE LA PALMA, LICEAGA y el rejoneador CURRO FERNANDEZ



Curro Fernandez colocando un rejón



Tres momentos de las faenas de muleta de Andaluz, Niño de la Palma y Liceaga, el domingo, en Córdoba (Fots. Ricardo.)

XEREZ-QUINA

EL APERTIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO

VALDESPINO

JEREZ



La hermana de Lagartijo corta a éste la coleta el día de la retirada del célebre torero

EN TODAS LAS EPOCAS CUECEN HABAS

La despedida de LAGARTIJO de la Plaza de Madrid

Por JOSE SIMON VALDIVIELSO

desvaído lo que antes la enardecía con su fulgor deslumbrante.

El hecho fué que Rafael Molina acordó retirarse del toreo despidiéndose de los principales públicos españoles: Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Bilbao y, ¡naturalmente!, Madrid. En cada una de aquellas corridas de adiós, Lagartijo, con más de medio siglo sobre sus espaldas, mató el solito seis toros cada tarde, seis toros de aquéllos.

Para el día del Corpus, mes de mayo de 1893, se dispuso la despedida de Lagartijo en Madrid, y ¡ríanse ustedes del hervor que hoy levantan los carteles en que figuran Manolete y Arruza, por ejemplo! No se hablaba de otra cosa en todos los sectores sociales. Desde la taberna de barrios bajos al despacho ministerial; desde el andamio de la obra al Salón de Conferencias del Congreso o los escaños del Senado; en los gabinetes de Fornos o del Habanero:

—¿Usted irá?

—¡Hombre, ni que decir tiene! Eso no me lo pierdo yo, pase lo que pase.

—Yo tengo ya un tendido del 1.

—¿Cuánto le costó a usted?

—¡Veinte durazos!

¡Veinte duros un tendido de sombra en 1893! Consuélese los que ahora se lamentan y comprueben que el «estraperlo» no es invención de nuestros días. Aquello era el delirio, y no hay hipérbole al calificar de delirante a la afición enfebrecida, ¡que llegó hasta conseguir de las autoridades que la procesión se celebrase por la mañana, para que no coincidiese con la despedida de Lagartijo!

Y en este ambiente de expectación exaltada dió comienzo la corrida memorable. Al hacer el paseillo la cuadrilla, el público, que llenaba la Plaza hasta la bandera, rompió en una frenética ovación. Hubo señales evidentes de emoción en el diestro y en muchos de los espectadores; pero luego, apenas se abrió el portón de los chiqueros, cambió el aspecto de la solemnidad. La corrida encerrada era, además de grande, broncota, difícil, peligrosa. El artista, que allí ponía fin a su vida torera, no tenía, por lo visto, el menor deseo de poner fin también a su vida humana. La decepción fué como una ola de hielo ganando al graderío; las palmas se fueron entibiando, y al llegar al sexto toro, que trajo apremiado al maestro haciéndole correr, descompuesto y sudoroso, a lo largo del anillo, persiguiendo un final que no llegaba porque el «bicho» —nunca mejor empleado el peyorativo— se negaba obstinadamente a doblar, surgieron las protestas airadas. Y, lo mismo que ahora, unos espectadores exhibieron sus billetes, gritando:

—¡He pagado diez duros!

—¡Y yo veinte!

—¡Ladrones!

—¡Al toro! ¡Al toro!

ALLA por el año de 1868 alcanzó la máxima popularidad el gran torero cordobés Rafael Molina, Lagartijo, primero en la dinastía de los Rafaelles que alumbró la patria de Séneca y del Gran Capitán para su mayor gloria. Era una época en que todos los aspectos de la vida nacional tenían su «pareja» representativa y andaban los españoles adscritos a una u otra bandera.

En política, eran Cánovas y Sagasta los adalides; en el arte lírico, Gayerre y Stagno ponían al rojo blanco el entusiasmo de sus partidarios respectivos; en el dramático, rivalizaban noblemente don Antonio Vico y don Rafael Calvo; en el toreo, en fin, frente al valor temerario y arrebatador de Salvador Sánchez, Frascuelo, competía la finura, la serena elegancia de Rafael Molina. Aparte las diferencias esenciales que caracterizaban la «manera», la «factura» de cada uno de estos dos toreros, influía no poco en el ardor combativo de sus respectivos seguidores —¡«Nihil novum sub sole», Señor!— la pasión política. Lagartijo era demócrata, republicano, y Salvador no ocultaba sus preferencias por la aristocracia.

Lo mismo cuando la guerra carlista regaba el suelo de la Patria con sangre de «negros» y «facciosos», que cuando la Restauración trajo una paz, al menos aparente, la guerra taurina entre Frascuelo y Lagartijo y entre «lagartijistas» y «frascuelistas» siguió enconada y sin cuartel, librándose las más violentas batallas, no sólo en los tendidos de los cosos, sino en la vía pública, en las oficinas, en los cafés, en los casinos, en las tertulias de las casas particulares... Y así siguió la durísima pugna hasta que Frascuelo, con nieve en los cabellos y una complicada orografía de cicatrices en su cuerpo, decidió abandonar su profesión. Falto del acicate de la competencia, dicen que Lagartijo cayó en una apatía, en una desgana que apagaba en mate opacidad el brillo de sus faerías anteriores. Es posible que esto no fuese exacto y que fuera la pasión defraudada de los públicos la que, sin el contraste que daba origen a la polémica, encontrara pálido y

El día del Corpus hace cincuenta y dos años...

gramatismo de aquel ocaño triste, llenaba la Plaza: «Fuera! ¡Fuera! ¡Maleta!» El que durante más de treinta años fué el ídolo de aquellos mismos que con tal crueldad le debelaban, salió, rodeado de su cuadrilla, entre un infernal griterío que le perseguía implacable, y al salir tuvo la Guardia civil que proteger su coche hasta la fonda. Ni el Gallo ni Cagancho pueden atribuirse, pues, la primacía en este procedimiento de regreso, después de una tarde de «mal auger». Bastantes años antes, ya la Guardia civil había aumentado, a los servicios previstos por Ahumada, este otro de protección a los toreros que no se deciden a «arrimarse» lo suficiente. Más de un cuarto de siglo de actuaciones triunfales no bastaron para cubrir a Lagartijo y hacerse perdonar la desafortunada labor de su última tarde. Si yo fuera un «ursiparlante», aprovecharía esta magnífica oportunidad para escribir aquí: «Sic transit gloria mundi»; pero la verdad es que lo que se me ocurre es comentar: «Para eso, no valía la pena haber perturbado la organización del desfile procesional del Corpus Christi».

Como la multitud es velidosa, dos años más tarde vino Lagartijo a Madrid para asistir a una corrida benéfica, y el público, olvidado ya de la saña con que le despidió, le hizo objeto de las más árdidas demostraciones de entusiasmo y le gritaba:

—¡Tú eres el mejor!

Y un clamor estentóreo, bajo un cielo gris plomo que aumentaba el

«mal auger».

«Para eso, no valía la pena haber perturbado la organización del desfile procesional del Corpus Christi».

—¡No ha salido otro como tú!

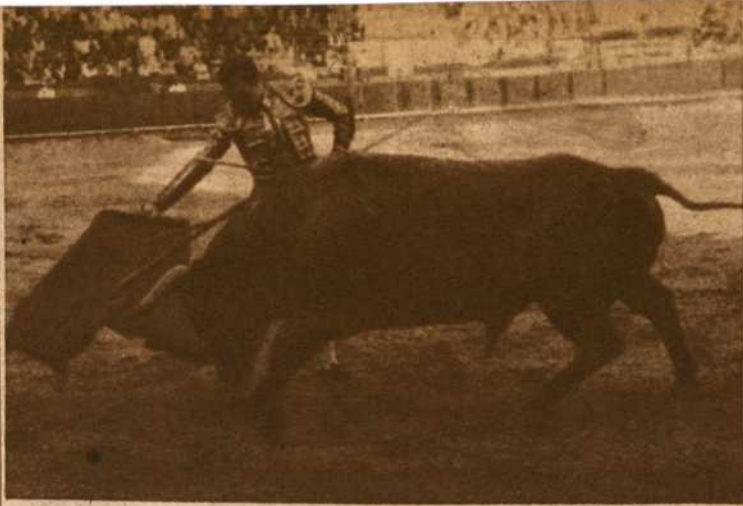
—¡Te llevaste el garbó y el salero y la gracia torera!

¡Ateme usted esa mosca por el rabo! Me, imagino que Rafael Molina, con una sonrisilla entre melancólica e irónica, murmuraría para sí: «Lo que queráis ustede. Pero er día que me fui der toro!...»

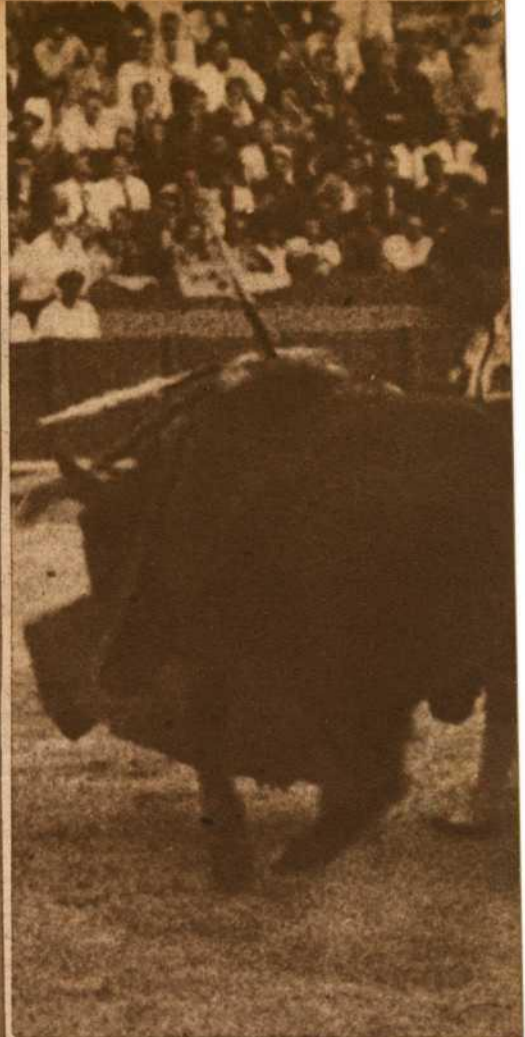




Pepín Martín Vázquez con las orejas que cortó a su primer toro

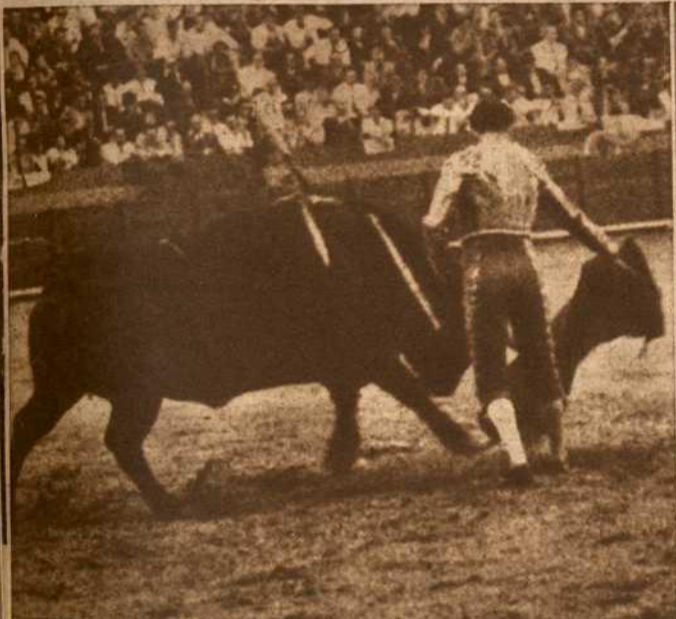


Un muletazo con la derecha de Pepe Luis al toro del que cortó las dos orejas



Otro pase del torero de San Bernardo en la faena de muleta de su segundo

LAS CORRIDAS DE TOROS DE LA FERIA DE
CORDOBA
 Pepe Luis, Arruza, Andaluz,
 Luis Miguel Dominguín
 y Pepe Martín Vázquez



Arriba: Andaluz muleteando a su segundo.—Abajo: Luis Miguel al empezar la faena de muleta



Pepe Luis muestra las dos orejas que le fueron concedidas



Arriba: Luis Miguel en un pase con la derecha. Abajo: Arruza en un pase natural (Fotos Ricardo.)





Joselito, en sus primeros años de matador de toros, rodilla en tierra, se adorna con la muleta, recogiendo al toro con la serenidad y la maestría de su arte.



FOTO: BALDOMERO

Como colofón a su faena, repitiendo lo de tantas tardes, el diestro sevillano coge el cuerno del toro, sin perderle de vista, en una de sus apoteósicas tardes.



JOSELIT

Al llegar la faena de muleta, el diestro de Galves se superaba de todo lo anterior. El trap o rojo peinaba los toros, y sus pases por alto eran prodigio de sabiduría.



El valor tenía en Joselito un mérito distinto a los demás. En este momento, en que cita al toro metido en terreno vedado a los demás diestros, Gallito lo prueba.



Joselito con el traje que lució en sus primeras actuaciones de novillero.

III

Por el contrario, Joselito era ágil y fuerte, último retoño vigoroso, y por eso varón, de un padre sin salud, ya en la linde de una vejez prematura, y de una madre, la señora Gabriela, cuerpo ágil y armonioso de bailaora, en jugosa madurez de fruto bien logrado que aun conservaba lozanas de flor.

Si yo fuera un ginecólogo sabio e ilustre, como mi fraternal amigo el doctor Vital Aza, aun me atrevería a bucear, para seguro apoyo de mis razones, en los profundos y ya aclarados misterios de la embriología. Joselito viro a este mundo con la complejidad y el carácter que eran atributos de su madre, y sólo tenía con sus hermanos un vago parecido fisionómico que no era, después de todo, más que una mezcla de rasgos característicos de raza, porque la madre era gitana. Por las cualidades de su arte, suma, compendio y cifra de numerosas normas y principios, tradición renovada que por la finura y la exquisitez presentaba a veces signos de decadencia, podía pensarse que el torero de Joselito era el fin, depurado hasta la quintesencia, de toda una teoría de artistas; pero él no era ciertamente un fin de raza. Gallo del mismo corral, qué duda cabe; pero con otro plumaje y otros espalones. El heredero directo del señor Fernando, el que se parecía a él en el carácter y en el modo, más todavía que en lo físico, era el primogénito, Rafael, que éste sí recibió directamente teóricas y prácticas enseñanzas de su padre.

Sin ser immodesto, creo en esta ocasión haber trazado, con lo que de Fernando Gómez me contaron muchos de sus discípulos, un retrato en pocos rasgos de lo que era el torero de aquel gran maestro sevillano, y me figuro que el lector aficionado que haya seguido por toda la red de ferrocarriles de España a Rafael Gómez, para verle una siquiera de sus faenas maravillosas, convendrá conmigo en que el llamado scalvo genial se parecía en eso, en la genialidad, como una gota de agua a otra, al autor de sus días y de su arte.

Es cosa sabida y recordada por todos los cazadores y coleccionadores de anécdotas y frases taurómicas, que el señor Fernando, desvalido y triste porque carecía de recursos, ya muy agobiado por su dolencia al corazón, pocos meses antes de irse a la tierra de su último sueño, al volver una tarde de una becerrada o novillada celebrada en Valencia, si mal no recuerdo, en que había torado su hijo Rafael, llevó a éste de la mano hasta el regazo de Gabriela y, entregárselo, le dijo con una melancólica sonrisa, llena de paterno orgullo, como quien pide perdón y regala una esperanza:

—Si otra cosa no puedo dejarte, aquí te dejo — y acarició el rostro de su hijo — un torero de tal calidad que mientras él viva no te faltará nada.

No se equivocaba la perspicacia torera del señor Fernando; pero una vez más le engañaba el corazón, como engañó después a su primogénito, que por falta de carácter y de voluntad no pudo ser siempre el sostén de su casa. El que trajo bienestar, orden y seguridad fue Joselito, el benjamín de la familia, que todavía desde el otro mundo sigue regalándole a su hermano mayor los ricos puros habanos que son y fueron siempre para el gran despilfarrador y manirroto de su arte y su vida artículo de primera necesidad. Pero importa insistir en el arte del primer heredero del señor Fernando.

En cierta ocasión, allá por el año de 1899, me hallaba yo, siendo muy niño, en una Plaza de España, acompañado de mi padre, un italiano hispanófilo, artista de corazón, que gustaba de los toros y del canto flamenco, presenciando una novillada que toraban los Niños Sevillanos, a la sazón Rafael Gómez, Gallito, y Manuel Molina, Algabeño chico. Nos acompañaban Rafael Molina, Lagartijo, ya retirado del toreo, y el célebre don Antonio Chacón,

JOSELITO

(APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA) Por FELIPE SASSONE

entonces en pleno auge, cuando mejor cantaba, con su gran estilo y su clara voz de plata, *soleares*, malagueños, tarantes, el polo, la caña y la copla de Mirabrá. Trasteaba Gallito a su novillo, y en su localidad Lagartijo, sñado a la vera de Chacón, seguía las peripecias de la lidia con una mano apoyada en un muslo del gran cantador. Cada vez que en el ruedo el astado pasaba muy ceñido al cuerpo del torero, Lagartijo apretaba nerviosamente la pierna de su amigo. De pronto don Antonio se quejó:

—Compadre Rafael, que me está usted friendo a pelizcos.

Y el cordobés repuso, grave y sentencioso: —¡No lo voy a usté a freír, compadre, si no lo he visto hasé mejó en mi vida!

Nunca olvidaré la afirmación rotunda del maestro de maestros, a quien aquel mismo año, en Madrid, en una becerrada de convite, había yo visto, y fue la única vez, poner un gran par de frente a un becero. Cuenta ahora la anécdota y repito la frase, en la cual creí a pie juntillas, para significar cómo yo también he admirado a Rafael El Gallo, que en ciertas ocasiones me pareció el mejor torero del mundo y en otras... ¡el peor! Según cuanto llevo escrito, ¿fue, pues, Rafael quien ensñó a torear a su hermanillo?

Rafael no fué nunca torero de actividades extraordi-

narias; cuando estaba a gusto con su toro, lucía su variado repertorio; pero en general, en los toros de los demás bullia poco y se ahorra trabajo; aunque no, desde luego, por escasez de recursos, sino por falta de voluntad. Saber, lo sabía todo. Todavía recuerdo, y por mí y por experiencia hablo, ya que no por ciencia, lo que me ocurrió en Barcelona, allá por los años 1921, en la Plaza de las Arenas, cuando en una corrida benéfica, con intervención de aficionados, me tocó matar un becerrote grande, fuerte y bronco — pesó cerca de 200 kilos en canal — que banderillaron con muchas fatigas el propio Gallo, Rodolfo Gaona y Chicuelo. El bicharraco — que se lidió sin picadores — llegó a mis manos con todo su poder, muy avisado y metiéndose por debajo por los dos lados, y se me hubiera sin duda quedado vivo, porque yo andaba medroso y desadiestrado, de no ayudarme Rafael, que, con el capote apercebido a la salida de cada pase, y yo toréaba encorvado, tapándome y con el pico de la muleta, me volvía el toro en sentido contrario para que no se quedase conmigo. Cumplía su faena a una mano y a dos, con la destreza de los antiguos peones — un Juan Molina, por ejemplo —, que así lo hacían con los toros pregonados cuando los públicos toleraban tal auxilio. Había ya cumplido Rafael entonces sus treinta y nueve años y no era un atleta ni vendía salud; pero su habilidad compensaba

una palabra, un torero completo para quien no tenía secretos el oficio. Hasta ahora, ya retirado definitivamente, y sin querer retirarse, todavía en fiestas extraordinarias y benéficas, en las cuales Juan Belmonte rejonea a caballo, lidia y mata becerros Rafael. Ya no puede abrumarle el peso del traje de luces, pues no lo viste, pero tampoco la carga de los senta y tres años que han llovido sobre su calva de filósofo. Filósofo digo, y no me arrepiento peripatético veloz en el peligro; cínico en las horas de miedo insuperable; estoico en los derrotos, y, además, maestro de estética en sus horas triunfales. Pero, a pesar de que digo maestro de estética, ¿me atreveré a afirmar que uniera Rafael, a sus dotes de ejecutante, virtudes pedagógicas para explicar el toreo? Mucho hemos charlado juntos, pero muy poco de toros, y tengo para mí que cuando Rafael explica lo que ejecutaba, y aun ejecuta con gracia en algunos festivales, lo hace de modo pintoresco y personal, según es él, que se *entiende y baila solo*, mas no con claridad y precisión de maestro. No lo fué, pues, para Joselito, que veía en él un ejemplo y no un modelo, una incitación y no una enseñanza, mientras no constituyera ésta la precaución de cursar en salud previéndoselo para evitar sus errores. Rafael nutría, convengamos en ello, de experiencia a su hermano menor; pero no le dictaba normas.

Había otro hermano en la familia, Fernando, menor dos años que Rafael, y con sus dos hermanos toró, y con ellos charló de toros fuera del ruedo, y en el ruedo fué a veces consejero y ayuda, y bueno será que hablemos de Gallito IV, aunque ni él ni nadie numeraran nunca su apodo. Fernando Gómez, Gallito, pudo ver torear a su padre hasta 1896, año en que el viejo se retiró de la profesión, y aun a Lagartijo, que se retiró antes, cuando Fernandito contaba poco más de lustro y medio; pero aunque esta edad pareciera poca, ya podía servirle siquiera sea para un mimetismo artístico, y la experiencia nos dice que la afición y el sentido del arte de torear suelen ser generalmente muy precoces. Con el uso de razón se despierta en el que nace para ello la razón del toreo. Y muy pronto, si se practica, puede aprenderse todo el oficio, y muchos son los ejemplos, y aparte el fenomenal de Joselito, que a los diecisiete años era ya un maestro; los casos del pobre Manolito Bienvenida, de sus hermanos Pepe, Antonio y Angel Luis, y los de Luis Miguel Dominguín y Pepín Martín Vázquez son prueba evidéntísima. Antes de los veinte años se puede ser matador de toros y pianista magistral; los casos corren desde Mozart y Haydn hasta nuestro Pepito Arriola, y se puede ser también un gran matemático y físico, como Newton, y hasta un buen soldado de la Patria. Claro está que no se puede ser filósofo ni crítico de arte ni presidente del Consejo de Ministros. Pero volvamos a la tauromaquia y al segundo Fernando de los Gallos, puesto que es indispensable hablar de él al trazar la biografía de Gallito el único, el insuperable.

(Continuará)

Años de ilusiones. Joselito viste el atuendo andaluz, tan en boga por entonces.



Capote a la espalda gallega, dando a su saber toda la gracia de su incomparable toreo.



EL ARTE Y LOS TOROS

Ante dos cuadros inéditos que reflejan el ambiente taurino de la primera mitad del siglo XIX

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

En esa pléthora de artistas, pintores en su mayor parte, que en todas las épocas apostaron su obra al logro personal de lógicas y naturales aspiraciones de nombradía, ha habido algunos que no alcanzando, no ya la apetecida y soñada notoriedad, sino un puesto mediocre, pasaron por la vida del arte sin dejar una huella demasiado visible para sus contemporáneos. Uno fracasaron en su intento y descorazonados, claudicantes o faltos de voluntad y perseverancia, abandonaron la profesión, la vida difícil del arte, para dirigirse por otros derroteros o caminos menos fatigosos y acaso de más fácil consecución. Hubo pintores también — galeotes de los pinceles — que su obra, su creación artística, no les dió sino para sostenerse modestamente, y hubo otros que, con fibra y temperamento, con disposición y el suficiente talento para triunfar, no supieron o no pudieron encauzar su arte e hicieron de su pintura un comercio, industrializándole su producción, que, al prodigarse con exceso y al someterse él y su paleta a gustos no del todo depurados, empobrecieron o restaron méritos al cuadro, cuando no a la obra toda del pintor.

Sin embargo, entre los lienzos de aquellos artistas, buenos unos, medianos otros y detestables los más, ¿cuántos cuadros no han venido a enriquecer los museos y colecciones, particulares? ¿Cuántas obras a las que en su tiempo no se les dió el debido mérito son hoy dignas de admiración? Porque a la pintura, y acaso también a la literatura, le acontece o le pasa lo que al vino: que necesita el tiempo para mejorarse. Y es que muchas veces el artista, sin sujetarse dictatorialmente a escuelas anteriores o a la predominante del momento, se anticipa, por un espíritu natural y justo de renovación, a las épocas subsiguientes, y sus costumbres no alcanzan o no admiten esa que pudiéramos llamar esporádica revolución que viene a romper con una costumbre que el tiempo hizo ley y a la que el verdadero artista le es tan difícil someterse.

De toda esa inmensa obra en la que el pintor omitió conscientemente el detalle, casi diríamos impreciso, de la firma, comentamos hoy estos dos cuadros de un mismo autor anónimo, llenos de la gracia y encantadora sugestión que caracteriza mucha de la pintura de principios del pasado o inmediato siglo XIX.

¿Acaso de Maureta, aquel aventajado discípulo de Esquivel? ¿Escuela andaluza, concretamente sevillana?

Ambos cuadros, de gracioso asunto, bello colorido y no escasa habilidad constructiva o de ejecución, cautivan desde el primer momento. Al autor no le importó el juicio adverso o favorable del crítico. Pintó sin coacciones de nadie, dejando que su gusto se reflejara como en un espejo, en el lienzo que tenía delante. Nos da la sensación de que el pintor dió color al lienzo por propio recreo personal, por distracción de su temperamento sensible, entusiasta y creador. Pintor costumbrista, captó estas dos escenas, que tienen todo el sabor de un andalucismo neto y racial. Y no nos equivocaremos al afirmar que el artista, sin duda aficionado a la fiesta nacional, sintió, al pintar, ese regusto de quien, encariñado con el tema, pone al servicio de su arte y de su obra la inspiración que nace al conjuro entusiasta de latentes admiraciones.



En las fotos.—Arriba: "Esperando la hora", óleo de autor desconocido.—Abajo: "Yaya por usted, maestro!", cuadro de costumbres



En "Esperando la hora", el matador y el banderillero, en franca camaradería, charlan junto al patio de caballos con el picador de su cuadrilla, mientras llega el momento del desfile o paseo, al tiempo que se apura el cigarro que nerviosamente se fuma, el diestro que a poco ha de hacer ostentación de su valor en la arena frente a la fiera y en presencia del público, y en "¡Vaya por usted, maestro!", no sabemos qué admirar más, si la propiedad en la copia fiel de la cantina que existió en tiempos en la vieja Plaza de Toros sevillana, la figura del picador que, vaso en alto, brinda por el espada en una ofrenda en la que nos parece ver también el propósito de una buena tarde torera, o ese muchacho dependiente de la cantina, que, vuelto de espaldas y casi perdido en la sombra, escancia del barril el dorado líquido de la manzanilla del Puerto de Santa María o de Sanlúcar.

Entre toda la inmensa obra inédita o anónima que la pintura ha dado, destaquemos jubilosos estos dos cuadros, que vienen a ampliar, enriqueciéndolo, el valioso catálogo de la pintura costumbrista; más aún cuando ella nos brinda un tema que refleja tan admirablemente un pasaje de esa atractiva vida que se desenvuelve en torno a la fiesta, enormemente llena de luz y color, de los toros.

**AFICIONADOS DE CATEGORIA
Y CON SOLERA**

VALERIANO LEON

puso, sin darse cuenta, un par de banderillas al quiebro

Hay que devolver a la fiesta su carácter popular

A QUI tenemos a un actor brillante y a un frustrado matador de toros: Valeriano León, y no hace falta añadir más. Los que le conocen saben de sus aficiones y correrías taurinas. Los que le admiran, saben de los éxitos en la escena de este asturiano, cuya lucha en la vida fue dura, pero no pudo abatir nunca el extraordinario carácter animoso, la fortaleza, la reserva de energías de quien hoy, y desde hace ya muchos años, ve compensadas las privaciones, los esfuerzos y los sacrificios de los primeros y difíciles tiempos y es, por derecho propio, primera figura de nuestro teatro.

Cuando iniciamos nuestra conversación, Valeriano empieza a prepararse para salir a escena. Su rostro, ese rostro popular que vemos todos los días en el café, ha de irse transformando poco a poco, y a la hora de despedida le daremos la mano a un señor que sólo conserva de Valeriano esa voz que cualquiera que le haya oído una sola vez puede identificar.

—A mí, hábleme usted de José y Belmonte.

—Perdón; hábleme usted a mí, y así estaremos cada uno en nuestro sitio. ¿Es que después de José y Belmonte se acabó el torero?

—¡Hombre, tanta como eso...! Primeró ellos; luego... Dices que si ahora... Pero, no... Yo entre aquellos tiempos y éstos, me quedo con aquéllos, entre otras cosas porque el ambiente taurino era, ¿cómo le diría?, más puro.

—¿En qué sentido?

—Los toros son, deben ser, un festejo eminentemente español y eminentemente popular. Habrá que hacerle conservar esas características. ¿Y qué pasa? Que se le están cerrando las puertas al pueblo y que el mercantilismo de la fiesta la está haciendo derivar hacia derroteros imposibles... No dirá usted que hoy los toreros pisan un terreno que no se ha pisado jamás.

—¿No es así?

—Sí, así es; pero yo me he emocionado más antes, cuando había en esto de los toros menos purga y menos farmacopea, cuando los diestros se jugaban la vida por siete cincuenta, todo comprendido, y ganaban menos en una temporada que lo que gana hoy un diestro en una sola tarde.

—¿Aquellos tiempos?

—Aquellos de José y Belmonte son los que recuerdo con mayor agrado desde mi punto de vista de aficionado. Posteriormente, no me puedo olvidar de Marcial, de Márquez, de El Niño de la Palma... ¡Ay! El otro día le vi hacer el paseo como banderillero, detrás de tres chiquillos, y se me cayó el alma a los pies... Hubiera querido gritar, protestar... Pero yo, cuando estoy en el tendido, soy un hombre muy formalito que sólo sabe aplaudir. ¡El Niño de la Palma, subalterno!

—¿Y usted era gallista o belmontista?

—Ni del uno ni del otro. Admiraba a los dos. Al primero, por largo; al segundo, por corto. Esta, se lo confesaré, es una postura egoísta, gracias a la cual me divertía siempre. Una postura que he conservado después. No soy incondicional de ningún torero. Los incondicionales van a que triunfe, su ídolo y a que fracasen los demás. Como es muy raro que las cosas sucedan a la medida de sus deseos, sufren mucho. Yo voy a que estén bien en los seis y siempre salgo ganando algo. Cuestión de vista y de saber administrarse la localidad.

—Entonces, ahora...

—Ahora sigo igual, pero no me comprometa usted, por lo que más quiera.

—¿Manolete?

—Me gusta mucho. Es un torero extraordinario. Casi estoy por decirle que soy manolete. Ahí hay valor y arte para dar y tomar. Y es un ejemplo y estímulo para los demás. ¿Usted no se ha fijado que todo el que tora con él corta oreja?

—Manolete, sí; pero...

—¿Existe un pero?

—Existe un pero; pero no se lo diga...

—¡Vamos, no sea usted así! Hay que dar la cara.

—Usted lo que quiere es que me la rompan. Bueno, nos la jugaremos. El pero consiste en que Manolete es extra y como es extra hay que verlo en Madrid. ¡Que venga!

—Ya viene. Creo que tiene que torrear en las Ventas media docena de corridas.

—No son muchas; pero de cualquier manera retiro lo dicho. ¡Ay, Manolete, Manolete! ¡Si este hombre supiera tener gestos!

—¿Qué gestos?

—Gestos, como los de Arruza, por ejemplo. Como los de Bienvenida. Claro que, a lo mejor, los gestos tampoco sirven para nada. El público los olvida. Olvida esa tradición familiar de los Mejías, que no esquivan la Plaza de Madrid.

—Es que Pepote... ¿No le ha visto últimamente?

—Ni me hace falta para decirle que es el matador de toros. ¿Me entiende usted?, de toros toros que tenemos hoy.

—No se altere, qué tiene que salir en seguida a escena.

—No, si todo esto es teatro. Es que me he metido en situación... Como Antoñito Bienvenida. Es que hay que entender, hay que saber apreciar cómo Antoñito convierte un bruto en cristal.

—¿Le quitaría usted algo a la fiesta?

—Le quitaría localidades. En Plazas más chicas nos entenderíamos mejor. Ya comprendo que comercialmente hace falta las Plazas grandes como hace falta poner las localidades a millón. A mí eso me parece criminal y de resultados catastróficos a la larga. El quitarle a la fiesta su carácter popular, es asesinarla.

—Cobran mucho los toreros.

—Los de postín, sí, señor. Y cobran mucho los que no son toreros. Sin embargo, yo, al diestro le disculpo. Creo que ha justificado su dinero con sólo vestirse. Y se lo digo yo, que sé lo que es eso.

—Ya sé, ya sé... Se cuentan por ahí unas historias taurinas de usted...

—¡Lo que ha pasado uno! Y es que yo, de mocito, soporté muchas fatigas. ¡La lucha, amigo, la lucha por el suculto cocido! Mi carrera taurina es una novela emocionante.

—Cuénteme algún capítulo.

—Estaba yo en Méjico, anclado y con lastre. Una «crujía» de espanto. Era amigo mío y compañero de hospedaje «El Morito», un novillero que era un fenómeno.

—No me sueña.

—A los cuarenta años aun estaba en el principio de la carrera. Por eso digo que era un fenómeno. A «El Morito» le salieron dos corridas seguidas en una localidad que se llama Morella. Yo le pedí que me llevara de mozo de estokes. El caso era comer dos días. Lo malo es que ya tenía el «enchufe» comprometido.

—Mala suerte.

—Calle, calle... Cuando ya iban a emprender el viaje, uno de los banderilleros que había contratado, se puso malo. Había que buscar un sustituto en seguida. Y el sustituto fui yo.

—¿Usted?

—¡Sí! Yo. ¿Qué pasa? El caso era ir. Había un panorama de huevos fritos en perspectiva. «El Morito» me propuso que ocupara la plaza vacante. Mi misión era hacer el paseillo y luego quedarme en el callejón, procurando pasar inadvertido. Salí con un traje ceniza y negro que quitaba el sentido.

—Es que son unos colores muy alegres.

—Me estaba un poco grande. Si le he de decir la verdad, yo no me encontraba dentro de aquel toro. Me hacía el efecto de que me había metido dentro de una tienda de campaña.

—¿Salió todo bien?

—Ahora verá. La cosa iba como la seda, hasta que salió el tercer toro, que era un mastodonte. Entonces el público se puso como se pone a veces: gracioso, y empezó a gritar para que banderillera el «chamaquito».

—¿Algún peón?

—¡Yo! Allí, a los que no somos muy altos nos llaman «chamaquitos». Con que se me acerca «El Morito» y me dice que no tengo más remedio que salir. Yo, ya, ni veía, ni sabía lo que hacía. Cogi los palos y me lancé al ruedo, en medio de una ovación que aun me suena en los oídos. Me pongo a veinte kilómetros de la fiera y empiezo a hacer filigranas y adornos, con la esperanza de que a tal distancia no se me arrancara el bicho. Le eché tal salero, que me tocaron la música. Y ocurrió lo que nunca pude soñar. El toro se me arrancó y se me vino encima como una flecha. Yo comprendí que mi salvación estaba en ganar la barrera, pero el susto me impedía hacer toda clase de movimientos y me quedé allí, quieto.



inmóvil, mirando espantado aquella mole que se me venía encima. No supe más que cerrar los ojos y alargar los brazos en un movimiento instintivo de defensa imposible. Cuando los abrí, toda la Plaza era un clamor. Había puesto, sin saberlo, un par al quiebro formidable.

—¡Sensacional!

—Lo sensacional vino luego. «El Morito» me gritó: «¡Corre, corre!». Y esta vez las piernas me obedecieron. El toro se había vuelto y corría detrás de mí. En el centro de la Plaza había el mástil de un circo que daba función por las noches. Llegué a él unos segundos antes que el astado y trepé, poniéndome a salvo. El toro se quedó allí al pie, mirándome, como si pensara: «Ya bajarás». Las fuerzas empezaron a faltarme y empecé a resbalar. Ya estaba a dos milímetros de los pitones. Toda la Plaza era un grito de espanto. ¡Qué momentos, Señor! Saqué fuerzas de flojeza y ¡halá!, otra vez para arriba. Pero el toro seguía allí, a la espera y yo no podía más. Otra vez el desenso fatal; otra vez la punta del cuerno haciéndome cosquillas. Y todos los espectadores puestos en pie por el resorte de un «¡ay!» angustioso. Y otra vez para arriba. Y otra vez, para abajo...

—¿Y así hasta cuándo?

—Hasta que se pudieron llevar al toro. «El Morito» contó luego mi caso y un periodista escribió sobre esto una crónica titulada «El hambre de un comiquito». Gracias a este artículo, la Empresa, que no estaba en el secreto, me pagó mi mérito aparte, ya que «El Morito» me había llevado sólo por el aquel de los huevos fritos.

—¿Pero en concepto de qué cobró usted: como banderillero o como cacañista?

—El caso es que cobré. Yo he torreado mucho, luego, por afición. En Bilbao le di siete faroles a un becerro, y esa tarde creo que fue la más brillante de mi vida torera.

—¿Y la más desastrosa?

—En Valencia. Ese día cobré lo mío.

—¿Yo creí que tora por afición?

—Es que cobré porque fui cuatro veces a la enfermería y la última con un puntazo que por cincuenta centímetros no me partió la yugular.

—¿Hubiera usted cambiado su carrera de actor por la de torero?

—Sin vacilar. Es que somos unos desgraciados. Al teatro le debo todo lo que soy. Pues en vista de eso, hubiera preferido ser torero y dar las grandes tardes con las suertes de mi especialidad.

—¿Qué son?

—El pase natural con la izquierda y el volapié.

—¿Y qué torero le hubiera gustado ser?

—El mejor. La duda ofende.

Ya Valeriano se ha convertido físicamente en el protagonista de la comedia que va a representar. Desde la puerta le hacen señas de que es tarde. El reportero tiene la culpa de que la función empiece hoy con diez minutos de retraso. Valeriano se da cuenta al fin.

—Ya voy, ya...

Y se va. El avisador suspira como el que se ha quitado un gran peso de encima.

SILVERIO PEREZ SE RESTABLECE EN MIRAFLORES

«Quería volver a ver a mis hijos, y la idea de quedar ciego me enloquecía»

«Ante el favorable pronóstico descansaré un mes, y volveré a vestirme de torero el día 29 en Burgos»



Silverio Pérez, a su paso por Madrid camino de Miraflores, charla para EL RUEDO

Belmonte, el ídolo de toda una época de nuestra fiesta, vio torear a Silverio, y cuando fue solicitado para que opinara sobre el mejicano, las palabras del trianero fueron rotundas: "Si Méjico ha levantado una fuente a Silverio Pérez, España podrá realizar lo propio el día que éste tenga su tarde."

Así es cómo vio Belmonte a Silverio Pérez.

LA NOTICIA DE SU REGRESO A MEXICO

La fantasía es grande, y cuando el percance recae sobre una figura popular, la noticia se agiganta, cunde por los centros de reunión y se da como firme lo que no está más que en la imaginación de los aficionados.

Se habló de que Silverio Pérez sufría una grave afección a la vista, con un pronóstico médico que le impedía su actuación por los ruedos para el futuro. Todo sin confirmación, que, por anticipada la noticia, se decía que embarcaba en Lisboa el pasado día 29 para su país.

El teléfono fue el mejor medio para aclarar todo lo que se decía, y el propio interesado, al otro lado del hilo, anunciaba su viaje para Madrid, para curarse de una leve indisposición, que tuvo su principio en el viaje por mar.

El torero, como el deportista, precisa un continuo ejercicio físico. El temor a engordar es grande, y las consecuencias de la elevación en el peso influye mucho en sus tardes de actuación. Así lo vio Silverio Pérez, y se impuso un régimen de alimentación, mezclado con baños tucos, que le produjo una debilidad que, sin ser sentida, trabajaba el sistema nervioso.

Se juntaron la anemia y el temperamento de la persona. La excitación fue subiendo, y acabó por producirle unos trastornos de visión. Así comenzó la enfermedad de Silverio, que le ha privado de actuar esta tarde en la Monumental de Madrid, en una combinación soñada por él y truncando sus más caras ilusiones.

COMO EXPLICA SILVERIO LA FANTASIA CREADA EN TORNO SUYO

Mañana del domingo en Madrid. En un cuarto piso de la calle de Alberto Bosch, 12, descansa Silverio Pérez del improvisado y rápido viaje que ha efectuado, para justificar ante los organizadores de la corrida de la Diputación su ausencia.

Un bañín, adornado con vivos colores, a que son tan aficionados los mejicanos, cubre a Silverio. La gorra de visera y unas gafas negras, para taparse del sol que cae sobre la terraza, son el complemento en el atuendo del torero azteca.

Una larga sonrisa..., un abrazo y el diálogo sobre el tema que nos ha llevado hasta su domicilio particular, surge al segundo de haber pisado la casa de Silverio.

ESA fuente, erigida en una de las plazas más céntricas de la capital mejicana con el nombre de Silverio, es un motivo de reflexión para nosotros. España ha tenido los mejores toreros del mundo. En nuestro país se torea como en ningún lugar del mundo. Y aquí nació ese arte incomparable, lleno de emoción, que ha llegado a los rincones más apartados.

Nosotros no hemos sabido valorar el valor de los nuestros. Y Silverio Pérez, por esas faenas inmensas, de sabor español, tiene en Méjico una fuente con su nombre.

Ya nos asombró el homenaje. Y pensamos que pronto deberíamos apreciar su toreo y enjuiciar concretamente.

...

Corrida de Beneficencia. Expectación porque en el cartel figuran cuatro asés. Y entre ellos, Silverio Pérez.

Junto a él permanece su amigo íntimo y acompañante desde Lisboa, Carlos Costa. Ha sido su lazarillo en estos días de amargos recuerdos y tristes pensamientos para Silverio.

En una mecedora, recién levantado, medita el torero. Ha pasado el peligro, y todo ha quedado reducido a una advertencia. Lo que sirvió de aviso para Silverio, obligándole a desecharse ese temor a los kilos, hoy dispuesto a fortalecer sus nervios, con un descanso y un mes de inactividad taurina en los cosos españoles.

Silverio Pérez no ha pensado marcharse. El ídolo mejicano no abandonará la profesión, y dentro de un mes, el tiempo que precisa para templar sus nervios, volverá a vestirse con el traje de luces, dispuesto a desecharse fantasías y noticias novelescas.

No hace falta preguntar. Llega sólo el relato, desde que dejó de alimentarse con regularidad hasta su marcha a Miraflores de la Sierra.

—Los primeros síntomas ¿dónde los notó?

—En el viaje a Lisboa. Llegué de madrugada, alrededor de las dos, impiéndome llegar al hotel el río, que debía cruzar en una barca. Ante la imposibilidad, quedé a la orilla, durmiendo dentro del coche. Y la impresión del aire frío, al tener que abrir la portezuela del coche, por la llegada de la policía, fué el primer síntoma molesto que experimenté. No di importancia alguna a lo ocurrido.

—¿Y se repitió?

—Al día siguiente, encontrárame en la cama. El domingo, estando en el ruedo..., el lunes... Creía volverme loco, porque la ceguera aumentaba con intervalos más cortos.

Visitas a los médicos, pronósticos satisfactorios... Pero en mi espíritu sentimental tomaba caracteres alarmantes el recuerdo de mis hijos. Quería verlos, porque me hablaron de operación en los primeros momentos. Y posiblemente de ahí partió la noticia de mi regreso.

NO TEMOR, COMO SE HA DICHO, SI ILUSION POR ESTE CARTEL

Como complemento a la fantasía en torno del torero, se han dicho cosas sin razón, fuera de base. Los que lo saben todo hablaban de temor a las figuras que figuraban en el cartel.

Eso se borra completamente junto a Silverio. Nos habla de esa tarde, que esperaba ya con impaciencia. Del anuncio que guardaba, para llevar un día a sus hijos, como recuerdo de una tarde que él presentaba triunfal.

—¿Así era de grande su ilusión?

—Vea la realidad.

Y saca del armario un traje de luces, en plata, con adornos en negro, encargado para esta tarde.

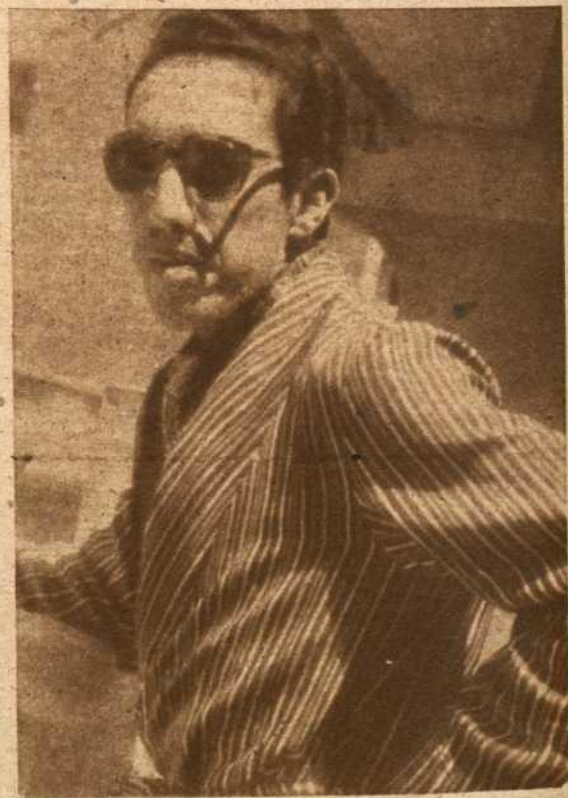
Admirador de Manolete, su torero, como denomina al cordobés, considera a Ortega como el gran maestro de los lidiadores, y por amistad fraternal, como los hermanos, es Armiñita. Así venía a presentarse a Madrid quien tiene una fuente en Méjico, como premio a muchas tardes de triunfo.

...

En Miraflores de la Sierra se encuentra ya. Aguarda impaciente a ponerse en "faena", dejando por los cosos taurinos las bellezas de su arte. En estos treinta días recobrará la confianza, se sentirá fuerte de espíritu y reanudará en Burgos, el día 29 de junio, sus actuaciones.

Hasta entonces nada que pueda alterar su plan de curación. Hoy no lo veremos en Madrid; ni los aficionados de Cádiz, Granada, Sevilla y Lisboa serán testigos de la tarde que Silverio Pérez espera con impaciencia.

JOSE CARRASCO



Silverio Pérez en la terraza de su casa de Madrid (Fotos Manzano.)



Carnicerito de Méjico habla para EL RUEDO

"¡Yo fuí por mi pie a la enfermería!..."

ERA de rigor visitar a Carnicerito de Méjico, el bravo mejicano que no quiso irse para el «hule» y despachó a su toro, después de ponerle tres magníficos pares de banderillas, con una cornada de quince centímetros. El fué por su pie a la enfermería y suscitó largas discusiones entre los viejos y los nuevos aficionados, al señalar éstos reiteradamente que los toreros de ahora no son llevados «en brazos de las asistencias» al taller de reparaciones. Al mejicano lo visitamos tres días después del percance, cuando supimos que había desaparecido la gravedad y ya le era permitido ingerir alimentos sólidos. Hallamos a José González en compañía de su esposa, que acababa de llegar apresuradamente de Lisboa, con la no muy amplia estancia de la clínica repleta de maletas, pues su señora había ido directamente de la estación a ver al herido. Este se hallaba animadísimo, locuaz; pero el morado cerco de los ojos y la palidez del semblante indicaban muda, pero elocuentemente, el trance difícil que acababa de salvar felizmente aquella voluntad de hierro que siempre fué airoso pendón de ese Carnicerito de Méjico, figura predilecta de la afición catalana.

Leía EL RUEDO con gran interés, y tras los saludos y frases de ánimo de rigor, echó por delante sus quejas:

—Me ha traído este ejemplar mi señora; en Lisboa es imposible adquirir uno a las dos horas de su llegada. He comenzado a hojearlo, como siempre, con verdadera fruición, pero me ha contrariado el pie de estas fotografías que hacen referencia a mi cogida: a mí no me llevó nadie a la enfermería; fuí por mi pie y yo mismo subí a la mesa de operaciones. Lo que pasó fué que se armó un barullo de mil diablos cuando Ortega y Manolete se empeñaban en que me retirara a la fuerza.

—Cierto, muy cierto; aun te sobraron arrestos para hacer tu quite,

poner tres pares de banderillas magníficos y despachar guapamente a tu «verdugo». Pero..., ¿no te diste cuenta de que te había calado bien?

—¡Claro que sí! Han sido más de treinta las veces que me han calado los toros; conozco bien el brotar de la sangre caliente. Menos mal que el traje era de seda negra y oro; si llega a ser de otro color, lo echo a perder.

—¿Cuántas corridas te cuesta el desavío?

—Más de la media docena. En Barcelona tenía tres seguidas; precisamente a estas horas estaría vistiéndome para torear una de ellas; pero don Pedro Balañá ha corrido las fechas y las torearé. Lo que más me duele es no haber podido «pelgarme» con Ortega y Manolete; una tarde triunfal a su lado, hubiera tenido más relieve que cualquier otra. Pero es igual; espero tenerla un poquitín más tarde...

Se va llenando la habitación de amigos, compañeros del diestro y admiradores. Ramón Corpas, el veterano y «maestro» de peones de brega, viene con sus chicos, uno de ellos ahijado de Carnicerito. Se habla exclusivamente de Méjico, y el matador se interesa de cómo se han quedado las cosas de allá. Y cuando le dicen que su perro favorito, un esquimal pura raza y muy inteligente, apenas come desde su marcha, la noticia parece hacerle más daño que la cornada.

Con la despedida, una rotunda afirmación:

—Fué lo mío un caso típico de mala suerte. Me hallaba completamente tapado por el peón, que intentaba recortar al

toro, y cuando aquél tomó con muchos apuros el burladero, me lo dejó ya encima, sin tiempo material para abrir el capote. El día que reaparezca, sea como sea, tengo que cortar las orejas de mis enemigos.

¿Y para qué íbamos a preguntarle más?



Dos fotos de Carnicerito en la cama de la clínica donde cura sus heridas. En la de abajo aparece acompañado de su esposa (Fotos Valls.)

EL NIÑO DE LA PALMA ES AHORA BANDERILLERO

"Cumpro con la obligación de atender a los míos"

"Como aquello de antes no puede volver jamás, me he puesto a trabajar en lo que creo que sé un poquito"

Por **BARICO**



HABÍA ido muchas veces a aquella pensión con rótulos de hotel; pero aquella tarde me pareció que era la primera vez que ponía mis plantas en el pequeño recibidor. Siempre me llevó a la fonda con aspiraciones fallidas, pero con rótulos de hotel, el deseo de charlar con mozos que habían llegado de la caliente Andalucía llenas las arcas de la ilusión, de esperanzas sin contornos. Siempre vi, al lado del mozo que aspiraba al romance, al viejo familiar cargado de años, de picardías y sentencias, que decía solemnemente, cuando el mocito, que iba para torero de los caros, aseguraba que no tenía más que contar: «En los tentaderos he jecho lo que no está en los escritos. Si tiene suerte en Madrid y le embiste un toro por derecho, «ha cabao Manolete». Era bonito aquello. Siempre es bonita la esperanza, aunque vaya envuelta en densos nubarrones de dudas; aunque no sea nuestra. Pero todo había cambiado para mí. Aquella tarde no iba a conocer los sueños de un mozo que quería hacerse famoso jugando a una carta su vida para ganar la gloria, el «parné» y el derecho a que unos ojos golosos de mujer sólo quisieran mirar a los suyos. Iba a ver a un hombre que todo lo había tenido y que a todo había renunciado.

Eran las cuatro de la tarde. En el recibidor, el dueño de la pensión hablaba en voz baja con un picador famoso. Dudó el fondista cuando dije que iba a ver a Cayetano. ¿A las cuatro de la tarde? Casi todos los pupilos dormían. Gente muy especial la que se aloja aquí. Al fin, el hombre dió mi recado, y a los pocos minutos Cayetano Ordóñez salió a mi encuentro y me condujo a su habitación.

Me ofreció asiento; él se acomodó en el borde de su cama. Hablaba pausadamente, casi sin inflexiones de voz. Miraba, a veces, al suelo, otras a mí, y las más parecía que quería ver su pasado. Una sonrisa, que nada tenía de amarga, iluminaba su cara de vez en vez. Y me dijo:

«He ganado más de dos millones de pesetas. Lo último que tenía, cosa de medio millón de pesetas, se lo llevó nuestra guerra. Cuando pude volver a torear, ya no era el mismo y, además, la época era muy distinta a la mía. En Madrid toreé por última vez, como matador, en mayo de 1941. Los toros fueron de Santa Coloma, y mis compañeros de cartel, Maravilla y Gitanillo de Triana. En septiembre de 1942 estoqué en Aranda de Duero los dos últimos toros de mi vida. El ganado era de Pimentel, y toreé con Félix Colomo y Morenito de Valencia. Luego... Tengo cinco hijos y una hija. El mayor parece que puede ser torero. Si llega a serlo, mejor para él. Pienso que mi obligación es la de atender a los míos. No quiero traspasar esta carga a nadie, ni aun a uno de mis hijos. Si la obligación es mía, yo debo cumplirla. Hubo quien se enteró de que estaba en situación apurada y me propuso la organización de cinco corridas de despedida en las principales Plazas de España. Para mí, el éxito económico era seguro. Con lo que hubiera sacado en esas cinco funciones hubiese tenido bastante para montar un negocio del que vivir. No acepté. Artísticamente, por lo que a mí se refiere, hubieran sido otros tantos fracasos. No puedo ya ser matador de toros por falta de facultades y, por otra parte, no quiero explotar el recuerdo de lo que fui. No quiero recibir un dinero que no he ganado. De todo esto hablé con Marcial Lalanda. Se dió cuenta de que era mi situación, mandó que me arteglaran un traje de peón, y al poco, el día 14 de mayo, toreé por primera vez como subalterno de Pepe Luis Vázquez, en Osuna, y días más tarde, por segunda, en Madrid. Dicen que al público le da pena verme de banderillero. Yo, en cambio, hago el paseo muy contento, pensando que cuantas más veces me vista de torero, mayor será el bienestar de los míos. ¿Es deshonroso, trabajar? Pues si no lo es, ¿por qué no iba yo a trabajar en lo único que entiendo un poquito? Cuando fui matador de toros me gustaba que los peones no hicieran más que lo que yo les ordenaba; no olvido eso ahora.»

Encendimos unos cigarrillos. Faltaba en el balcón algún cristal, y el viento hizo que la puerta de la habitación se abriera. Cayetano la cerró, volvió a tomar asiento, y respondió a mis últimas preguntas:

«Creo que habré dado muerte a unas setecientas reses. Mis mejores tardes, como matador de toros... En 1926 y 1927 toreé más que nadie. Cuando yo estaba bien, venían frases como aquella de Corrochano: «Es de Ronda y se llama Cayetano», o versos como las «Chufillas», que decían:

*«¡Qué revuelo!
¡Aire, que al toro torillo
le pica el pájaro pillo
que no pone el pie en el suelo!
¡Qué revuelo!*

Angeles con cascabeles

*arman la marimorena;
plumas nevando en la arena
rubi de los redondeles.
La Virgen de los caireles
baja una palma del cielo.
¡Qué revuelo!*

«Todo aquello, ahora me doy cuenta, era muy bonito. Pero sigamos. Nací, el 4 de enero de 1904, en Ronda (Málaga). Mi apodo se debe a que mi padre tenía una zapatería rotulada «La Palma». El 16 de julio de 1925 confirmé mi alternativa en Madrid, de manos de Luis Freg. Torearon también aquella tarde Villalta y Litri. Fué la corrida de la Prensa. Los toros fueron de Félix Suárez y de Esteban Hernández. Al último, que se llamaba Querencioso, le hice una gran faena. En el mismo año, también en Madrid, en la corrida del Montepío de Toreros, presentación de la ganadería de Coquilla, tuve una excelente tarde, toreando con Valencia II, Antonio Márquez y Marcial Lalanda. Recuerdo la corrida de la Prensa, de Méjico, en enero de 1926, en la que se tributó un homenaje al aviador Ramón Franco, y en la que lidié, con Chicuelo y el Algabeno, ganado de La Laguna, como otra de mis buenas tardes. Y otra en Caracas, en cuya Plaza hay una placa dedicada a mí, en noviembre de 1930, tarde en la que toreé ganado del general Gómez, con Ricardo González. Y la de mayo de 1934, en Vista Alegre, con toros de Pablo Romero, y Garza y Pepe Gallardo por compañeros. En fin, todo eso, pasó. Lo recuerdo sin tristeza. Cuando decidí actuar como peón, sólo hice conocer mi propósito a mi amigo Baquedano. Aún te quedan a uno buenos amigos. Este Baquedano es un aragonés que ha creído siempre en mí y que por mí ha refuido grandes batallas. Y aquí me tiene usted, en Madrid, esperando órdenes de mi jefe. Mi familia está en Sevilla, aguardando noticias mías. Estoy contento. He ingresado en la cuadrilla de uno de los mejores toreros de la actualidad, y eso es mucho. Si le he de decir la verdad, cuando el público de Madrid, al verme en el ruedo como peón, me aplaudió, me emocioné un poquito. Y esto es todo lo que puedo decirle, amigo mío.»

Me despedí del famoso torero de Ronda. ¿Debo añadir algo a lo que él me dijo? Creo que no.





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

¡AQUEL TORERO MEJICANO!...

Ahora que están tan en boga en España los toreros mejicanos, no viene mal el que la cara morena y azteca de Gaona se asome en esta serie de estampas de ayer.

Y aquí está, con su aire de chicuelo gitano y su abundante mechón negro sobre la frente, vistiendo el traje campero y la garrocha sobre el hombro, en un descanso entre faena y faena, durante una fiesta campera.

Están liando el cigarrillo del compás de espera, arropados por el suave sol del invierno andaluz. Es el momento de los comentarios sobre la bravura de aquella becerria y sobre la gracia de aquel caballista al llevar a cabo, tras breve y rápida persecución, el derribo de una res. Es cuando la afición al toro surge poderosa en la conversación y viene el recreo al recordar los más pequeños detalles a que han dado lugar las faenas que acaban de transcurrir.

Hele aquí, por tanto, al torero mejicano, como pez en el agua: en su ambiente. Dando rienda suelta a esa enorme afición que le llevó de triunfo en triunfo por los ruedos de toda España y de su tierra natal.

El que llegó en un momento en que el toro venía pegando fuerte, muy fuerte, necesitaba, para llegar adonde llegó, de una enorme pasión por su arte, además de las extraordinarias facultades de lidiador y valentía de que hizo gala desde su presentación en nuestra Patria. Porque para mantenerlas en la ruda competencia a que se vio sometido en sus actuaciones hacía falta ese don especial que sólo tienen aquellos que aman su profesión.

Y porque la ama, porque sueña con ella, está hoy ciñendo a su cuerpo de chicuelo gitano el traje campero andaluz en estas faenas que son para él fiesta más que trabajo, alegría en el ir y venir detrás de las becerras, comprobando su empuje y su bravura. Entusiasmo de sentirse dentro del ámbito con el que sus ilusiones de chavalillo azteca tantas veces soñaron cuando cursaba sus estudios de matador de toros en la escuela que allí puso Cijtes.

No importan sus alternativas en los ruedos, porque los elegidos por la fama como el torero de León de los Aldamas, no necesitan del constante esfuerzo para demostrar lo que son y lo que valen. Por otra parte, él dió cuanto llevaba dentro tantas veces y delante de tantos públicos, que no necesitaba justificación diaria a su labor. Ya se sabía de su arte espléndido, elegante como el de un Fuentes, dominador de todas las suertes con una soltura inigualable, extraordinario banderillero y hasta inventor de una modificación en el juego de capa —las gaoneras— que ahí ha quedado para subir por sus

propios méritos por la escalera principal de la historia del toro.

¡Qué importan, pues, sus alternativas, sus desigualdades! El es torero de arriba abajo, desde ese mechón negrísimo y rebelde que quiere taparle su amplia frente, hasta la punta de los botos camperos. Y porque así es, es por lo que hoy el mejicano asoma su rostro azteca, bajo el pequeño sombrero cordobés, a las páginas de esta revista, en una mañana de suave invierno andaluz, mientras lia el cigarrillo del compás de espera, entre faena y faena de una fiesta campera.



Mañana hace catorce años que Gitanillo de Triana fué cogido de muerte



Sucedió en Madrid el 31 de mayo de 1931, al torear de muleta al toro Fandanguero, de Graciliano Pérez Tabernero, que le infirió tres cornadas, de resultas de las cuales falleció el 14 de agosto

HABIA empezado el año 1931 con verdaderas ansias de rehacer un cartel que en la temporada anterior había quedado algo desvaído, por aquello de la vejatez de raza. Venía "embalao". Dieciséis corridas llevaba torreadas con éxito cuando vino a Madrid en un 31 del mes de mayo. Y aquí, en la Plaza vieja, le estaba esperando el toro Fandanguero, de don Graciliano, el cual, después de acunarse en la capa maravillosa de Curro Puya, al llegar a la muleta, hundió en las carnes del gitano el cuerno por tres veces, produciéndole tres gravísimas heridas, que un mes después habían de llevarle a dar verónica eterna en el infinito.

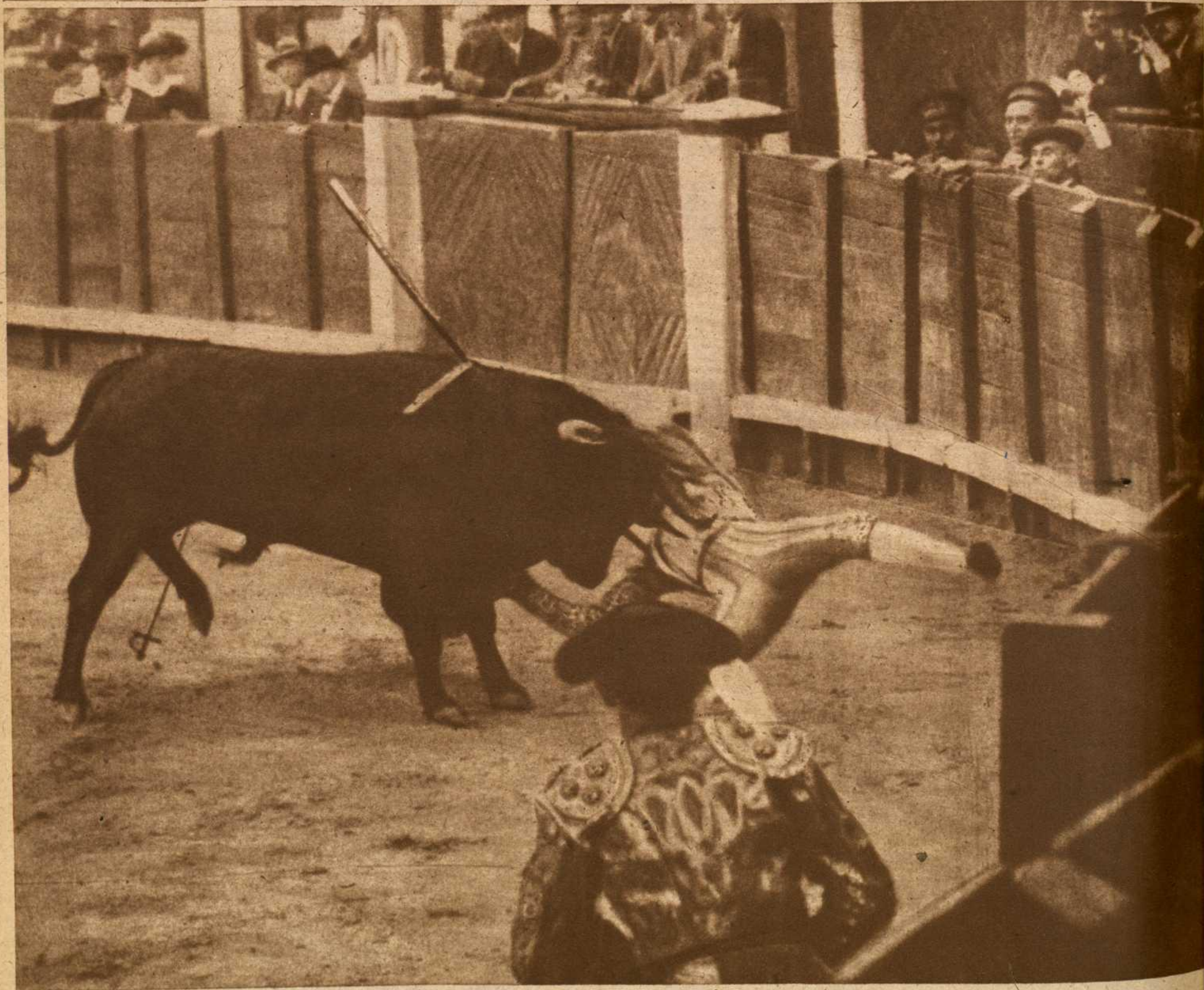
No sirvió de nada la celeridad con que Marcial acudió al quite ni el grito de horror que la multitud lanzó como una sola garganta. La fiera acometió con furor a aquella extraordinaria figura de torero

—extraordinaria por todos los perfiles— y, como a un pelele, lo manejó entre los cuernos, hasta quebrarla las alas, para seguir volando por los ruedos terrenales.

Y después no cupo nada que hacer, a pesar de que todo se hizo. La vida de aquel gitano, que empezó a modelar su alma de torero a la boca de la fragua, se le fué yendo lenta y cruelmente, pues los sufrimientos no menguaron, sino que, por el contrario, a cada nuevo amanecer aparecía, con la luz del alba, el nuevo dolor que había de hacer presa en aquel cuerpo, que pocos días antes enardecía y adormecía a los públicos con su toreo sin par.

Fué el 14 de agosto cuando se nos fué del todo, y hasta el último momento tuvo plena lucidez.

Su arte de elegido cegó en la tierra un jirón.



momento de la gravísima cogida de Francisco Vega de los Reyes en la Plaza vieja de Madrid



El torero es resogado por las asistencias y llevado rápidamente a la enfermería

CARTEL DE BARCELONA

Seis novillos de Murillo y dos de Luis Sánchez, para Carlos Jiménez, Toscano, Chaparreja y Belmonteño



Carlos Jiménez en la faena de muleta



Un muletazo por alto de Chaparreja



Un natural de Toscano.—Abajo: Belmonteño en un lance de frente por detrás



Belmonteño en el toro del que cortó oreja.—Abajo: Toscano en un muletazo con la derecha (Fotos Valls.)



NUESTRA CONTRAPORTADA

MANUEL RODRIGUEZ MANOLETE II



EN su libro *Historia de los matadores de toros*, dice "Don Ventura", al tratar de Manolete, padre del actual matador: "El primer Manolete fue un modesto torero sin alternativa, hermano del primer Pepete, de aquel que murió trágicamente en Madrid, el 20 de abril de 1862; dicho Manolete dió el ser al que ahora nos ocupa, quien, en realidad, fue Manolete II;

pero con este número de orden figuró otro matador de toros de Córdoba, llamado Enrique Rodríguez —ajeno a la familia "manolética", y del que después nos ocuparemos—, el cual debió apodarse Manolete III; posteriormente hubo otro Manolete (Manuel González), novillero que se presentó en Madrid el 23 de octubre de 1932, para estoquear ganado de Pacomio Marín, con el Clásico y Rey Conde, y al que, indiscutiblemente, se le debe llamar Manolete IV, y de este detalle viene a resultar que el Manolete que actualmente es primera figura del toreo, y tuvo por padre al que ahora exige nuestra atención, es el quinto diestro que ha ostentado dicho alias, es decir, Manolete V."

Y añade "Don Ventura" a continuación: "Y eso que no tenemos en cuenta a un tal Manuel Benavente, modestísimo banderillero, y a un Manuel Muñoz, picador de hace un siglo, quienes también se adornaron con tal mote." En rigor, el actual Manolete es el séptimo que lleva este apodo, y debe ser considerado como Manolete VII.

El padre de la primera figura del toreo actual nació en Córdoba, el 27 de septiembre de 1883, trece años después de haber venido al mundo su hermano José (Bebé Chico). Desde muy pequeño quiso ser torero, y en 1897 fue banderillero en la cuadrilla de Machaquito y Lagartijo Chico, en la que le anunciaban con el apodo de Bebé Chiquitín. Formó pareja, por muy poco tiempo, con Francisco Molina (Frasqui) y cambió su apodo por el de Sagación, del que ya no hacía uso cuando se presentó en Madrid, como Manolete, el 12 de julio de 1903, alternando con Benvenida y Cocherito en la lidia de seis novillos de Hernández. Al primero se lo dejó vivo Manuel Rodríguez, a pesar de lo cual fue ovacionado, mientras la res volvía a los corrales. A su segundo no lo pudo matar, porque se lesionó un pie al saltar la barrera, al salir de poner un par de banderillas.

Durante los años 1904 y 1905, una enfermedad a la vista le alejó de los ruedos, a los que volvió con muchos ánimos en el año 1906; temporada durante la cual toreó 45 novilladas. El 15 de septiembre de 1907, Machaquito le dió la alternativa en Madrid. Fue segundo espada en esta corrida Cocherito, y el toro de la cesión, como los otros cinco de la vacada de Esteban Hernández, se llamaba Yegüerizo.

Ya matador de toros, por si los motes que había usado eran pocos, el público le conoció con el de Manolo Travesía, porque la mayor parte de las veces dejaba al matar los estokes atravesados.

No confirmó las predicciones que sobre él había hecho Guerrita, y en 1913 y 1914 su cartel, que había sido muy bueno, descendió. En 1915 decayó mucho más, y en 1918 toreó sus dos últimas corridas en Córdoba.

En 1910 hizo un viaje a Méjico, y en 1913, otro a Venezuela.

Casó con doña Angustias Sánchez, viuda de Lagartijo Chico, y uno de los frutos del matrimonio es el actual Manolete.

Manuel Rodríguez falleció, tras larga enfermedad, en Córdoba, el 4 de marzo de 1923.

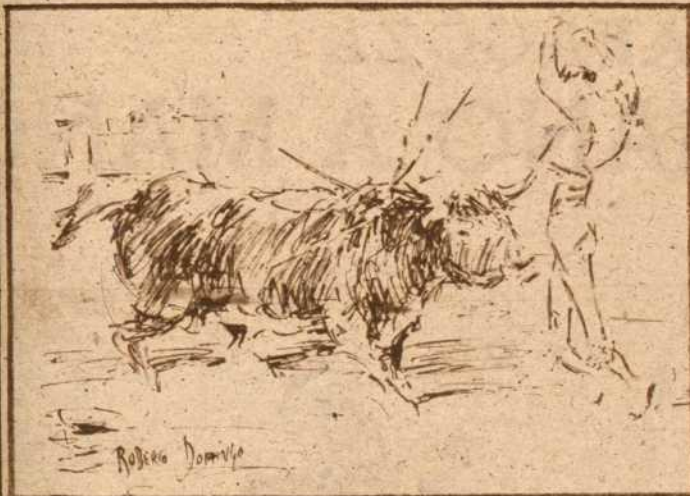
Fue en sus buenos años uno de los mejores toreros de segunda fila. Toreaba bien, y con gracia, con capote y muleta, aunque con ésta pocas veces se decidió a emplear la mano izquierda, y deficiente matador.

LA PRIMERA CORRIDA DE ARRUZA ESTA TEMPORADA EN MADRID

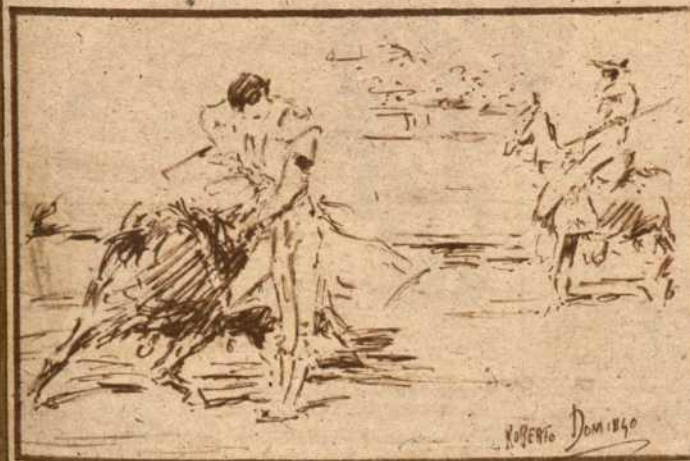
Alternó con PEPE BIENVENIDA y EL CHONI en la lidia de seis toros, de PABLO ROMERO, el día 24 en la Monumental de las Ventas



Pepe Bienvenida en el cuarto toro



Arruza en el quinto toro



Choni en el sexto toro



Pepe Bienvenida en un pase por alto



Arruza en el momento de clavar un par



Arruza muleteando de rodillas a su primer toro



Pepe Bienvenida en un pase por bajo

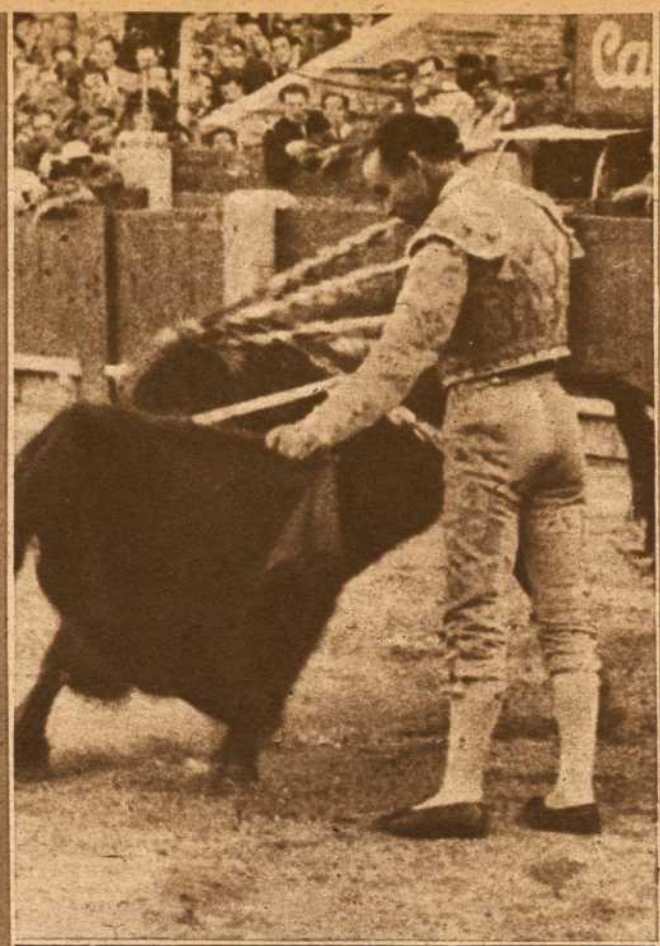
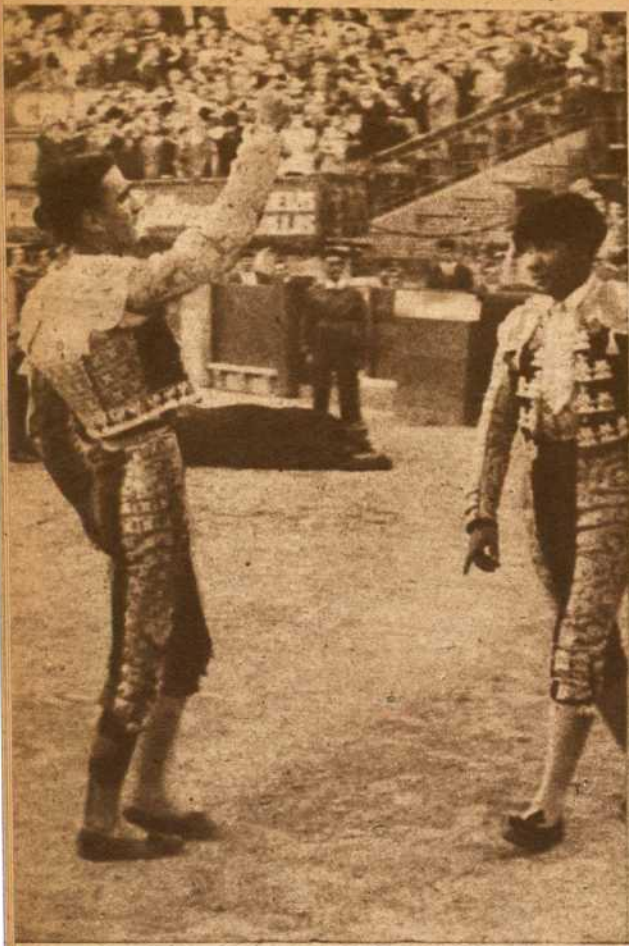


El Choni rematando con media verónica

(Fotos Baldomero.)



Arruza, Choni y Pepe Bienvenida, en el callejón



Arruza saluda al público con la oreja que le fue concedida en el tercer toro

Un momento de la faena de Domingo Ortega en su segundo toro

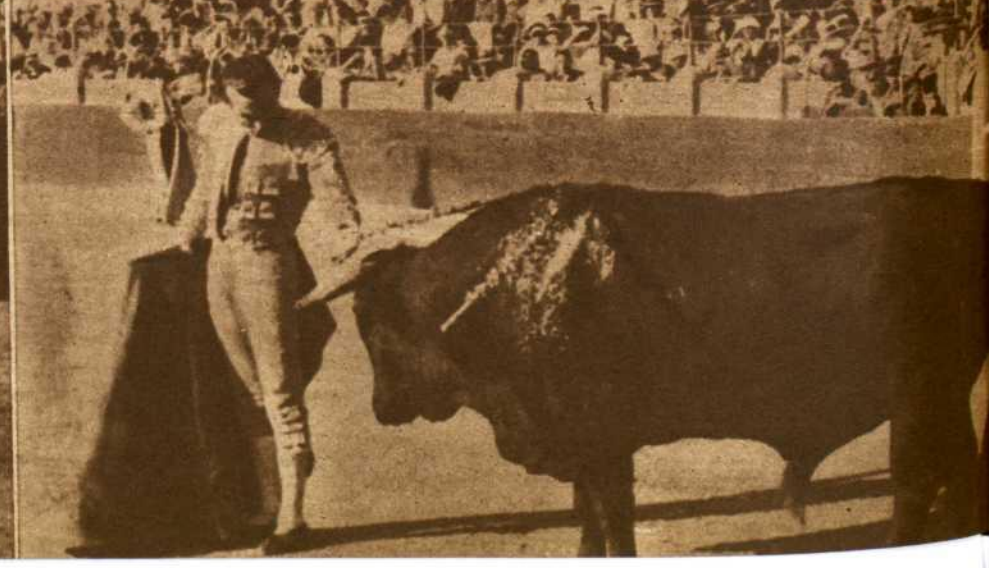
Un muletazo del mejicano volcándose sobre el tercero de sus toros, al que cortó la oreja

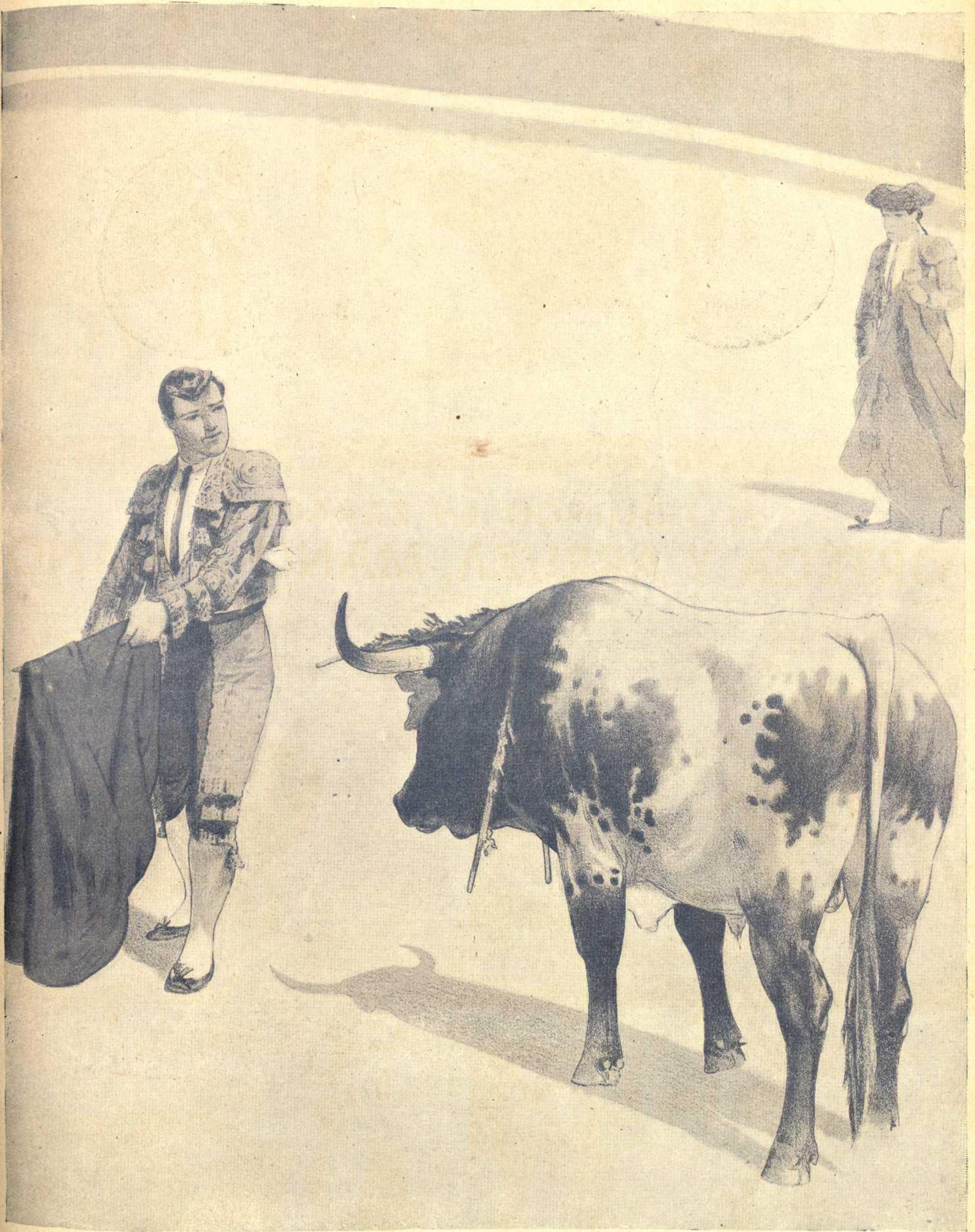
EL DOMINGO EN ZARAGOZA ORTEGA Y ARRUZA, MANO A MANO



Arriba: Arruza sufre un revolcón.—Abajo: Ortega dando la vuelta al ruedo en su segundo

Arriba: el mejicano en la faena de muleta de su primero.—Abajo: Ortega en un adorno. (Fotos Marín Chivite.)





Igualando para entrar a matar
(Dibujo de Perea)



Toreros célebres: Manuel Rodríguez, Manolete (padre)